

Darío Oses

---

# Rockeros Celestes

---

Gran Biblioteca Icarito  
Editorial Andrés Bello

**HELLMANN'S**  
Mayonesa

*Pelusa 79*



village

DARIO OSES

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Editorial Andrés Bello autoriza esta edición especial para el programa "Soluciones escolares de Icarito" publicado por Copesa.

## ROCKEROS CELESTES

Premio "Novela Joven" Andrés Bello  
1992

© DARIO OSES

© EDITORIAL ANDRES BELLO  
Av. Ricardo Lyon 946, Santiago de Chile.

Inscripción N° 84.763  
Impresores: Copesa, 1994

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

 EDITORIAL ANDRES BELLO

*Pelusa 79*

No, gracias, no quiero cigarrillos ni nada que tenga que ver con fuego, no sé qué es lo que me pasa..., debe ser que ya no fumo, me parece que fue precisamente en estos días que dejé de fumar, quizás por los acontecimientos, por las emociones fuertes, tal vez a causa de la humareda que estuvo a punto de ahogarme, o a lo mejor el recuerdo de ese fuego tan puro hace que ahora vea como miserable cualquier combustión terrenal.

No es que sea el único sobreviviente. Olvídense de eso. Nadie ha muerto. Lo que ocurre es que no tuve las agallas o la decisión suficiente para saltar a la barca o sumergirme en el lago que parecía espejo, de hundirme en esas aguas bruñidas, convertido en cisne, para salir volando por el reverso del lago, por el lugar donde el reflejo del cielo y de las nubes se convierte en cielo de verdad, en firmamento sin límites.

Supongo que estoy condenado a seguir viviendo en esta orilla de la realidad. Después de todo, la vida aquí no es tan mala. Igual me habría gustado irme con Milena, con Gabo, con los muchachos. No deliro ni encubro a nadie. Sí, sí, ...me han repetido veinte veces que fui el último que los vio, por lo tanto tendría que saber dónde se fueron. Repito que nadie secuestró a nadie, que todos

partieron por su propia voluntad. Me invitaron pero no fui..., entiendan que hay que ser muy valiente para desprenderse de lo que uno es, del mundo que le resulta reconocible y familiar y del suelo que pisa, para internarse en esos parajes encantados, extraños, para cambiar de piel y ser lo que jamás nos hemos atrevido a ser, ¿me entienden?..., porque por poca cosa que seas, terminas por acostumbrarte a tu pellejo; es lo mismo que te pasa con esas camisas cómodas, tibias, o con los bluyines gastados que no te aprietan por ninguna parte y parecen conocer los puntos donde doblas las rodillas cuando te sientas o te pones de pie.

Anoten..., no se queden mirándome con esas caras de desconfianza. No estoy loco. Repito que no van a volver, que nadie va a encontrarlos... ¿Que a dónde se fueron? Al bosque profundo, al lago encantado, a la espesura luminosa. Un bosque es infinito, por si no lo saben; quien conoce sus caminos ocultos puede llegar cada vez más hondo, más alto.

Tomen nota. Todo lo que digo es cierto. Juré decir la verdad y es lo que estoy haciendo.

## II

Esta historia empezó cuando tuvimos que ir a grabar un comercial en el bosque aquel. Yo trabajaba como redactor creativo en la agencia "Harmonías", de propiedad del gordo, es decir de Pete el Negro, o Pete, a secas.

Esa mañana me fui caminando hacia el bosque. Vivía apenas a tres cuadras. Desde mi ventana divisaba el manchón verde. Me parecía cada vez más marchito, cercado por los techos de calamina de los galpones, las bodegas, las industrias. Pensé en subirme al auto, por la fuerza de la costumbre. Escarbaba mis bolsillos en busca de la llave cuando me di cuenta de que tenía ganas de caminar. Hacía tiempo que no veía una mañana de domingo; casi siempre me las duermo, pero esa vez el día me invitó a sentir la quietud del aire. Las campanas de la iglesia repicaron y un triciclo pasó derramando olor a pan caliente.

Dejé en la casa el personal estéreo. Después de todo iba a trabajar. Al principio lo eché de menos, me molestó un rato el silencio, pero al acercarme al bosque empecé a escuchar sonidos lejanamente familiares: el canto de las tórtolas, el rebote de las acequias en las piedras del cauce, el viento raspando levemente el follaje. Las hojas de los álamos me hacían guiños y el olor de la tierra húmeda completó un cuadro de sensaciones que me llevó de vuel-

ta al tiempo en que era cabro chico y en que ese bosque, ahora estrangulado por la ciudad, era para mí un mundo ilimitado, tan enorme, intrincado y misterioso como la selva amazónica.

No me había sido fácil encontrar un forado en el muro de adobes que yo creía en ruinas. Aunque pareciera extraño, alguien estaba reconstruyendo el cierre y repoblando su guarnición de zarzas.

Bueno, ahí estaba otra vez en el bosque. Era extraño regresar a ese paraje que tenía archivado, perdido entre los trastos de la memoria como un juguete viejo, como un sueño de infancia. Me sentí bien ahí solo. Traté de aprovechar ese momento cazando en el aire sensaciones quebradizas como las mariposas. Entonces me dieron ganas de quedarme solo toda la mañana y también toda la tarde, de que se suspendiera la grabación del comercial, para evitar que el bosque fuera invadido con cables, cámaras, generadores, estudiantes en práctica de institutos de comunicación visual que medirían las variaciones de la luz para responder a los gritos del director de fotografía, y actores pintarrajeados que repetirían una y otra vez las mismas rutinas, hasta dejar contento al director de escena que consumiría su neura en nubarrones de tabaco, escupos y rabietas.

Por desgracia, Pete no demoró mucho en aparecer. Manejaba furioso, aplastando las hierbas y los hongos con las llantas patonas. Estacionó su Mazda deportivo debajo de un aromo sobrepoblado de pájaros.

—¡Crestas! —bramó—. No hallaba por dónde meterme. ¿Quién será el ocioso que se dedica a parchar la tapia?

Ni siquiera me dio los buenos días. Tomó cierta distancia para contemplar con amor el superauto que se había comprado hacía poco. Era de esos carros con forma de

peces, que tienen los focos provistos de párpados que de noche se abren y de día se cierran.

—No me lo vayan a cagar los pájaros —dijo y agarró una piedra que lanzó contra la copa del aromo provocando un estallido de polen amarillo y una volada masiva de zorzales y tórtolas.

La piedra fue a dar en el tronco y de ahí cayó para rebotar dos veces en el techo del auto y otra más sobre el parabrisas. Pete el Negro se apretó el estómago como si le dolieran ahí, en los intestinos, las carambolas de su propio peñascazo. Yo sentí un extraño gustito en esa misma parte, en el estómago y luego en todo el cuerpo.

No es que fuera envidioso. Lo que ocurría era que a Pete se le habían subido los humos a la cabeza. Fuimos inseparables cuando niños: cuántas veces recorrimos a pata pelada ese mismo bosque, buscando señales escondidas en los troncos, en los huecos telarañosos que dejaban las raíces, y cuántas veces nos batimos a hondazos con la pandilla del Mordro...

El billete le hizo mal al gordo. Hacía tiempo había dejado de ser su amigo, era apenas su empleado. El trabajo es el trabajo, proclamaba él a cada rato, pero igual podría haberse acordado de los tiempos en que fuimos uña y mugre. A lo mejor tenía miedo de que yo me aprovechara de esa vieja amistad, y agarrara demasiada confianza. Pero es que yo no pedía ningún privilegio, sólo un mínimo de reconocimiento. Con decirles que no me dirigió ni una palabra de gratitud cuando le resolví el problema del comercial de MAGIC-YOG, que entonces estábamos a punto de empezar a grabar.

Pero esa es otra historia, déjenme que se las cuente. Tomen nota.

### III

Teníamos que producir "para ayer" un *spot* de cuarenta y cinco segundos para el nuevo Yogur de Lechera Austral S.A. Así se hacen las cosas en el negocio de la publicidad. En media hora saqué el *jingle*:

MAGIC-YOG, ya está aquí  
el yogur, para ti.  
Arranca la tapa  
aquí está la papa.  
Destapa la magia  
que hay en tu yogur  
Uou yeaaaahhh.

En esa clase de genialidades malgastaba mi talento de escritor. Nos habíamos pasado días y noches imaginando la campaña. Tragamos varias cajetillas de puchos, dos tarros de café y una botella de pisco para crear un *spot* que ensalzara las virtudes de un producto sano, puro, con toda la mágica fuerza de la naturaleza. Era poco probable que de ese ambiente rancio, trasnochado y tabacoso fuera a salir algo decente.

Como a las cuatro de la mañana el tontón de Pete creyó tener una idea genial.

---Llenemos una piscina con yogur ---propuso--- y tiramos dentro a varios niños con trajes de hombres ranas. ¿Se imaginan a los cabros chicos buceando en el agua lechosa? ¡Es una imagen nunca vista en la televisión comercial! Después hacemos un feroz movimiento de cámara con grúa y salimos del agua para mostrar que la piscina es un gigantesco envase de MAGIC-YOG. En picado otra vez al fondo del yogur donde uno de los buceadores encuentra a una sirena buenamoza, potente, que le revela un gran secreto: en ese yogur está la fuente de la juventud, del vigor, de la belleza. Le pide que no se lo cuente a nadie. El cabro sale arrastrando las gualetas y dejando un reguero de yogur, y va propalando el secreto al oído de sus tías, amigos, parientes, advirtiendo siempre que no se lo cuenten a nadie. Y así va cundiendo este secreto a voces: MAGIC-YOG es la fuente de la vida. Los niños tragan el yogur, las señoras se hacen máscaras de belleza con él, otras hasta se bañan, como Cleopatras modernas, en tinas y jacuzzis de MAGIC-YOG. ¿Se dan cuenta de que así ampliamos los usos del producto? Si conseguimos que sea *in* bañarse en yogur, el consumo va a aumentar en mil por ciento.

Lo encontré delirante, pero el gordo, enamorado de su idea, insistió en realizarla, y como él es el dueño de la agencia no era procedente llevarle la contra. Vero, la secretaria, soñolienta a esas horas de la madrugada, le advirtió entre bostezos que el costo de un comercial así podía salir una enormidad, y tenía razón. Pero Pete no quiso escucharla. Se fue a su departamento tarareando el *jingle* de MAGIC-YOG.

Al otro día, después de dormir un par de horas, sintiendo el cuerpo como relleno de aserrín y los ojos de vidrio molido, con la ayuda de una calculadora preparé, junto con la Verito, un presupuesto millonario, digno de una

superproducción. Por supuesto que Mike Baez, el gerente de marketing de Lechera Austral, se fue de espaldas.

—¡Todo de nuevo! —bramó Pete.

El problema era que entretanto había pasado el tiempo, horas preciosas, un día entero. El lanzamiento del producto no podía esperar, la competencia se nos adelantaba y ahí estábamos, ante las puertas de la noche, preparando café, intercambiando puchos y el maldito comercial seguía en cero.

Mike Baez llamaba a cada rato. ¿Qué hay del *spot*? ¿Cuándo nos presentan la idea? ¿Cuándo van a grabar? El gerente general está empezando a ponerse nervioso..., el gerente está nervioso..., el gerente echa chispas, en cualquier momento va a estallar, quiere que cambiemos de agencia...

Pete el Negro transpiraba, en su polerón brotaban manchas oscuras, fuentes de agua, parecía derretirse en el caldo inconsistente de sus propias excusas.

—Es cierto que nos estamos demorando un poco más de lo presupuestado, Mike, pero te prometo que va a valer la pena. Tenemos algo sensacional, algo que va a revolucionar la publicidad de los productos lácteos.

¡Mentiras! No teníamos nada. Pete se enredaba dando órdenes y contraórdenes, gritando, agitándose, corriendo de un lado para otro como si con ese simulacro de actividad fuera a conseguir algo. Control remoto en mano pasaba y repasaba por la pantalla de su equipo un set de comerciales argentinos y brasileños para ver si podía piratear alguna idea, y ante cada llamado de Mike a lo único que atinaba era a aumentar la promesa.

—Te aseguro que estamos preparando algo verdaderamente magnífico... Sí, Mike, sí señor Baez. No puedo estar más de acuerdo en que las ideas geniales no sirven para nada si no se realizan a tiempo. Créame que esta-

mos haciendo lo posible para... Sí, sí, confíe en nosotros, no lo vamos a defraudar...

Con la Vero y Daniel nos turnábamos para escuchar por el otro fono de la línea las subidas y bajadas que Mike le daba a Pete.

—¡Entienda de una vez que soy yo el que me las estoy jugando! Confié en su agencia, la recomendé a don Walter, gracias a eso están trabajando con una de las industrias alimenticias más grandes del cono sur. A su agencia no la conoce nadie. Si fallan yo voy a responder, a mí me van a colgar de las..., pero ustedes se van a ir a pique y nunca, ¿me entiende?, nunca más van a poder reflotar, porque yo personalmente me voy a dedicar a desprestigiarlos. La cesantía me va a dejar harto tiempo para hacerlo...

Mike Baez en realidad se llama Miguelito Baeza. Otro buen muchacho que se mareó con la altura. Norteamericanizó su nombre para estar a tono con el cargo de *Marketing Manager*. Trata de comportarse como uno de esos audaces ejecutivos gringos, venera a Lee Iacocca y hace gárgaras con una cantidad de terminachos en inglés: *input, output, software, mailing, handicap leasing, brochure*. Para cuando se enoja tiene en reserva un repertorio impresionante de garabatos nacionales, y esa vez se los dijo todos a Pete. Me sentí plenamente interpretado por las palabras de Mike.

Tal vez por eso, por simpatía hacia Mike, me senté a escribir relajado, en paz conmigo mismo. Ya no tenía esa bola de insultos atragantada en el laringe. Alguien los había dicho por mí.

Fue entonces cuando pensé en el bosque, porque siempre vuelvo a él cuando estoy contento o abrumado. El recuerdo de sus árboles y de sus sombras fue suficiente, la historia vino sola: una chica moderna, *new wave*, de

esas que se tiñen el pelo de un colorín rabioso y a fuerza de gel se lo arreglan como un surtidor de mechas disparadas hacia todos lados, una de esas chicas plásticas que mascan chicle y se pasean vitrineando el mundo, muertas de lata, pasa por casualidad por el lado de afuera de un bosque milagrosamente enclavado en medio de la ciudad. ¿Qué onda?, se pregunta, y se va internando por los senderos que conducen hacia la espesura. Entonces comienza a sentir el misterio que habita en el follaje apretado, en las raíces que bucean en las profundidades de la tierra para buscar los secretos cursos de aguas subterráneas e ir elaborando esos troncos enormes. Capta el silencio y el movimiento de la trama de organismos minúsculos que trabajan en el suelo esponjoso transformando las hojas y las ramas muertas en nueva vida. En ese momento de silenciosas revelaciones aparece como caído del cielo un auténtico príncipe.

Ella, aunque fascinada, no quiere creer lo que ve.

—Ya estoy grandecita para cuentos. Esto no me lo trago —dice.

El príncipe saca de entre los pliegues de su capa un yogur y se lo ofrece. Ella, completamente seducida, lo huele con fruición.

—Esto sí que me lo trago —dice y actúa en consecuencia. El le limpia su adorable boquita, la invita a bailar, bailan un vals y de ahí la imagen funde al producto mismo con el remate: MAGIC-YOG, el yogur con toda la magia de la naturaleza. ¡Este sí que me lo trago!

Pete miró mi manuscrito con el ceño fruncido.

—El cuento no está mal —concedió—. Pero hay un problema de producción: el bosque. ¿De dónde vamos a sacar un bosque metido en medio de la ciudad? Porque toda la gracia de este comercial está ahí. No nos sirve un maravilloso bosque en Vichuquén o en Chimbarongo. Para que la fulanita se deslumbre, para que reencuentre el mi-

lagro de la naturaleza enquistado en plena capital, tiene que ser un bosque rodeado de edificios...

—Tú sabes donde está ese bosque —repliqué buscando despertar aquella vieja complicidad que nos unió cuando éramos niños.

Pete bien pudo gastar un minuto en recordar los tiempos en que nos sumergíamos entre los árboles, pero nada.

—¿Todavía existe...? —preguntó casi con desprecio.

—Permanece casi intacto... —contesté—, todos los días lo veo desde mi ventana.

—Es raro que no lo hayan echado abajo —dijo Pete—. En ese sitio se podría edificar.

Era evidente que quería olvidarse de nuestra infancia. Parecía darle vergüenza, porque entonces él y yo éramos igualmente patipelados, pobres y felices.

—Veamos el *casting* —ordenó—. Partamos por el príncipe..., ¿quién podría ser el príncipe? Tendríamos que conseguir un actor rubiecito, de ojos azules, lindo...; no hay muchos.

Era inútil ponerse a discutir a esas horas de la noche que un príncipe no tenía que ser necesariamente rubio. Los había de todos colores: príncipes otomanos, chinos, persas, hindúes, aztecas, pero para facilitar las cosas propuse a uno rubio: Mauro Bertoni.

—Está grabando una teleserie —dijo Vero—, pero podríamos conseguirlo por un día..., tendría que ser este domingo...

—Ojalá sobrio —acoté—, Mauro es de carrete largo los fines de semana.

—¿Y la chica *new wave*?

—La Pupi —propuse—. No podría ser nadie más.

Sabía que esa idea contaba con aprobación automática. La Pupi era la polola de Pete. A él le gustaba lucirla, le hacía juego con el auto, le inflaba otro poco el ego. La



Pupi es niña bien; no tiene casi nada de actriz pero su linda carita y su bonito cuerpo la sacan de apuros. Para hacer un comercial con eso basta y sobra.

—Sí, creo que Pupita estaría bien —dijo el gordo, fingiendo objetividad profesional.

—¿La llamo para preguntarle si acepta? —preguntó Vero.

—No hace falta —contestó Pete—. Ella hace lo que yo diga.

En eso llamó Mike Baez por quinta vez en la noche.

—Hola, mi viejo —contestó Pete—. Todo resuelto, cero problema. Si tienen un minuto disponible mañana a primera hora vamos a hacerles la presentación.

Al día siguiente nos hicieron pasar a la impresionante oficina de don Walter Vogel, gerente general y copropietario de Lechera Austral S.A. y del Grupo de Empresas Alimenticias Agropec. No parecía estar nervioso como aseguró Mike Baez. Mostraba más bien una especie de cólera congelada por lo que llamó nuestra "indisimulable ineficacia". Se ocupó de varios papeles y llamadas citofónicas antes de prestarnos su distante atención. Es un tipo alto, calvo, rosadito. Nos miró desde la cumbre de su sillón giratorio.

—Pueden empezar —dijo—. Si no tuviera encima el lanzamiento de uno de mis productos más importantes, hace rato me habría buscado otra agencia.

A Pete le temblaba la papada y otra vez toda la manteca que guardaba debajo de la piel parecía fundirse. Sus poros supuraban riachuelos de sudor. Se las estaba jugando. Lechera Austral era su cliente cototudo, el que le daba todo el movimiento a la agencia. Baez también se veía nervioso. No se atrevía a fumar delante de su gran jefe, pero mordía a cada rato una boquilla vacía.

Pete empezó a exponer la idea con un tartamudeo desastroso. Me daba vergüenza ajena, me hacía sentir parte de un grupo miserable. Desde los muros nos obser-

vaban, con lástima, las fotos de unas soberbias vacas holandesas, seguras de sí mismas, de su productividad avalada por esas ubres rebosantes. Eso era lo que nos faltaba: seguridad de que lo que producíamos era bueno. Pete mugía triste como una vaca flaca. Así no iba a convencer a nadie. Pensé otra vez en el bosque y me sentí íntimamente convencido de que mi idea era brillante. Aproveché que a Pete le vino una carraspera y tomé la palabra conté mi cuento adornándolo con una que otra actuación improvisada. Comprobé que las facciones de don Walter se iban distendiendo, que relajaba el ceño y ablandaba el rictus de los pómulos hasta llegar a la sonrisa. Eso me dio ánimos para ponerle más color al *spot* que relataba. Terminé recitando el *claim* con absoluta convicción: "Todo el mágico poder de la naturaleza en un yogur. MAGIC-YOG: ¡este sí que me lo trago!"

Se produjo un momento de silencio. Todos mirábamos a don Walter. Este parecía ocupado en digerir mi cuento.

—¡Me lo trago! —comentó por fin—. Es una muy pero muy buena idea. Podríamos hacer una serie de comerciales en la misma línea, con jóvenes apáticos, abatidos, deprimidos, lateados, que no creen en nada y que ante cualquiera incitación responden con desgano: "¡No me lo trago!" Pero si les ofreces cualquier cosa con MAGIC-YOG, ahí sí que se lo tragan y responden y se entusiasman. ¡Lo encuentro fenomenal!

Una onda de alivio recorrió el recinto. Mike Báez palmoteaba la espalda de Pete y Pete palmoteaba la espalda de Mike Baez.

—Les dije que estaba trabajando un comercial realmente bueno —se ufano el gordo sinvergüenza.

—Ahora el asunto es que el *spot* salga tan bueno como este joven lo contó —dijo don Walter, señalándome.

De eso nos encargamos nosotros —dijo el gordo—. Vamos a estar encima de los productores para que la grabación salga absolutamente impecable.

Entonces ¡a trabajar! —urgió don Walter—. Tenemos la idea pero seguimos atrasados con la campaña.

Y ahí estábamos esa luminosa mañana dominical, con muchos sueños pendientes, con las ojeras del agotamiento, esperando a que llegaran los equipos para la grabación del comercial. Era incómodo estar a solas con Pete. No había tema de qué hablar. Podríamos haber conversado del bosque, pero él insistía en olvidarse de todo aquello.

Cuando faltaba poco para las diez el gordo empezó a impacientarse, miraba el reloj cada vez con más frecuencia, se llenó la boca de chicle y encendió un pucho.

—Voy a buscar a la Pupi —anunció—. Seguro que se quedó dormida.

Partió en su Mazda. Me dio gusto quedarme solo y tener otra vez el bosque entero para mí. No duró mucho la calma. Al poco rato llegaron un furgón utilitario, un jeep y una camioneta cargados con focos y cámaras. El director, Enrique Rojas, bajó del Trooper, crispado, tenso.

—¡Desgracia, desastre, catástrofe total! —aulló—. Aquí mismo termina mi carrera, la productora revienta y nos hundimos todos por culpa de un imbécil.

No le di mayor importancia. Por algo le dicen el Nervio Rojas. Debería figurar en el libro de los *records* Guinness como el director más neurótico de cine comercial.

—¡Es la quiebra, el descalabro, la debacle misma! —gritó estrujándose las manos—. Eso me pasa por aceptar imposiciones de *casting* —se lamentó en seguida dirigiéndose a mí—: Si me dan un comercial, yo soy el director y yo respondo por él. Por lo tanto tengo que trabajar con gente de mi confianza.

Me encogí de hombros, tenía sueño y no entendía nada. Mi indiferencia enardeció otro poco a Rojas que necesitaba descargar contra alguien.

—Ustedes me impusieron a Mauro Bertoni. ¿Querían un rubiecito angelical? Ahí lo tienen —dijo señalando hacia el interior del jeep—. No se puede trabajar con él. ¿Sabías que le dicen Mauro Reventoni?

Miré por la ventanilla del Trooper. En el asiento de atrás estaba tirado Bertoni con el traje de príncipe tan estropeado como él. Seguro que se lo había puesto para ir a una fiesta de disfraces. Tenía manchas de vino y mayonesa por todas partes. Roncaba con la boca abierta. Su aspecto desastroso permitía adivinar las dimensiones de la farra que se había pegado.

—A las cinco de la mañana lo fuimos a sacar de un carrete —explicó el ayudante de producción—. Yo advertí que no le entregarán el vestuario el día antes, pero a uno nadie le hace caso.

En eso llegó Vero en su pequeño autito japonés. Traía un termo repleto de café.

—Hay que despertarlo. Levántenle un poco la cabeza —dijo y trató de hacerlo ingerir el líquido humeante y espeso.

—¡No me lo trago, no me lo trago! —masculló Reventoni atorándose y escupiendo café por la boca y las narices.

— Parece que por lo menos se aprendió el libreto —acotó Vero.

—¡Cuidado con el traje! —chilló Enrique.

El disfraz ya estaba hecho un asco. Un poco de café podía incluso ayudar a disimular las manchas de trago y palta. Verónica, implacable, hacía pasar el brebaje desde el termo a la garganta de Reventoni, hasta que éste empezó a quemarse por dentro y devolvió dos flujos negros que anegaron la brillante tela de utilería.

—Ahora sí que estamos bien —comentó Rojas, fatalista—, con un príncipe borracho, chorreado, revolcado.

En eso llegó Pete con la Pupi. Ella traía una espantosa cara de sueño.

—¿De quién fue la idea de grabar un día domingo de madrugada? —refunfuñaba. La maquilladora comenzó a trabajar para quitarle las ojeras, mientras Vero hacía lo posible por enjuagar el traje de Mauro, salpicándole de paso la cara con agua, a ver si despertaba.

El Nervio Rojas se paseaba sobrecargado de energía, como una torre de alta tensión. Nadie se hubiera atrevido a tocarlo por miedo a recibir una descarga de corriente. En uno de sus arrebatos agarró a Reventoni del pelo y le hundió la cara en la acequia. El pobre y triste príncipe se puso a patalear y forcejeó hasta salir medio ahogado y estilando. Le costó recuperar el resuello, pero cuando volvió a respirar en forma regular, por lo menos ya podía tenerse en pie. Su aspecto, sin embargo, no era nada principesco. Tenía el traje embarrado y el pelo chorreando; tiritaba como un quiltro bañado a la fuerza. Vero empezó a secarle la chasca y después a peinarlo. Entretanto, la atmósfera recuperó algo de su apacible quietud dominical cuando el Nervio se fue con la Pupi para grabar la parte del argumento que ocurría al lado de afuera del bosque.

Verónica le dio otra taza de café a Mauro. Esta vez él se la tomó como un niño bueno, sin hacer arcadas ni escupir, pero le vino una incontenible marejada de ternura y

de piedad por sí mismo. Reclinó su cabezota húmeda sobre el regazo de ella y se puso a lloriquear.

—Tú eres la única persona en el mundo capaz de comprenderme, Veronique —le decía entre hipos—. No hay nadie más que me quiera, que me pesque, que me mtle. Ay, Verito, soy un miserable. Pensar que tuve una mujer con casa, auto, con perro, gato, tortuga y canaritos, pero me dejó por reventado, por maldito. De todos los seres que ella amaba yo fui el único indeseable, expulsado del paraíso. Yo valgo menos que el perro, que el gato, que los peces de la pecera y la tortuga —se lamentaba sonándose con la manga guarnecida de encaje del disfraz.

Después de un rato el Nervio apareció entre el follaje como un tigre crispado, listo para tirar las garras contra quien tuviera por delante.

—Lo de allá fuera ya está —anunció—. Parece que salió bastante bien. A la Pupi no le cuesta nada poner cara de lata, es su expresión normal. Ahora viene lo difícil. Ella tiene que maravillarse. ¿Dónde está el príncipe que la va a deslumbrar?

Mauro se puso de pie a duras penas. Seguía teniendo el aspecto de un quiltro remojado. La Pupi se puso a reír.

—Esto no es príncipe —dijo—. Parece payaso, qué quieren que les diga...

Pete le dedicó una mirada de reproche.

—No puedo estar más de acuerdo con ella —proclamó Enrique Rojas. Y tenía razón. Con el llanto se le había corrido el maquillaje a Reventoni. Su aspecto era patético, como el de un espantapájaros.

Los asistentes empezaron a subirlo a un árbol. Desde allí debería dejarse caer al claro del bosque por una cuerda. Cuando los muchachos que lo habían puesto arriba lo dejaron sin apoyo, Reventoni empezó a sentir vértigo y a descomponerse de nuevo. Tenía las canillas temblores. “Este

se va a matar", pensé. Miré hacia arriba para despegar los ojos del inminente porrazo de Mauro y entonces percibí una agitación irregular en el follaje. No se debía al viento ni a los pájaros. Había allí una presencia contundente que se deslizaba como un felino, tocando apenas las ramas.

Sentí lástima por Mauro.

—No va a poder tirarse —alegué.

—El guión dice aquí bien clarito: "De pronto, desde lo alto, se desliza un príncipe dorado, rubio, espléndido, como si cayera del cielo —dijo Enrique Rojas desarrugando la copia que tenía en el bolsillo de la casaca—. Esto lo escribiste tú, no yo.

—Es el libreto que aprobó don Walter —sentenció Pete—. No podemos hacer otra cosa. En publicidad, como en cualquier otro negocio, el cliente manda.

—¿Y si se mata? —objeté.

—No es mucho lo que va a perder la humanidad —contestó el Nervio.

Volví a mirar hacia las copas de los árboles. Sentía miedo, como si yo fuera el que me tuviera que dejar caer, como si estuviera tratando desesperadamente de ahuyentar los residuos de una borrachera para despejar mi cabeza y hacer que mi cuerpo se acordara del arte de volar. Empecé a sospechar que efectivamente yo estaba borracho, muy borracho, mucho más que Reventoni, porque allá arriba veía balancearse sobre una rama a un verdadero príncipe.

"Es Mauro que consiguió subirse alto, muy alto", atiné a pensar, pero Reventoni seguía acá, sobre las ramas bajas, aferrándose con uñas y dientes al tronco, tratando de dominar el vértigo y la náusea. El otro, el auténtico príncipe, desafiaba la gravedad, se cimbraba en el follaje confundido con las hojas plateadas de los álamos.

—No me lo trago —me dije restregándome los ojos—. Los príncipes no existen, son cuentos, yo ya estoy grande-

cito... Está bien que invente cuentos, pero no que termine creyéndomelos.

—¿Listo, Mauro? —preguntó Enrique Rojas.

—Listo... —asintió Reventoni con una pobre sonrisa. Parecía un escarabajo achacoso aferrándose de las hendiduras de la corteza.

—¡Grabamos! —aulló Rojas—. Vamos, Pupi. Entra al claro. Con cara de asombro, como si vinieras descubriendo un mundo nuevo. Cuando ella aparezca, cuentas tres y te dejas caer, Mauro. ¡Cámara! —ordenó el Nervio poseionado de su papel de director todopoderoso.

La Pupi se dejó ver. Hizo un pucherito maqueteado. Se notaba que hacía esfuerzos por poner cara de asombro.

—¡Vuélate, deslúmbrate, encandílate! ¿Qué andas buscando en el suelo, por favor? ¡Vista arriba! —ladró el Nervio.

Ella levantó los ojos y se quedó con la boca abierta, verdaderamente maravillada. Yo seguí la dirección de su mirada. Sí, era evidente que habíamos visto lo mismo. No era una alucinación mía. Lo que había allá arriba era un príncipe de verdad.

—¡Muy bien, Pupi! ¡Ahora tú, Mauro! ¡Tómate de la cuerda y deslízate hacia abajo!

—¿De cuál cuerda? —preguntó Reventoni muerto de miedo.

—¡El imbécil se subió a otro árbol! ¡La cuerda está en ese de allá! —constató horrorizado Pete tomándose la cabeza a dos manos.

—¡Salta, idiota! ¡Salta a como dé lugar! ¡Salta como puedas o te hago bajar a peñascazos! —exigió el Nervio.

Reventoni intentó saltar, pero se arrepintió a medio camino, agarrándose desesperadamente de una rama. Sus pies perdieron el apoyo precario que tenían y quedó ahí colgando, como un piyama arrugado puesto a secar al viento.

El Nervio, supurando bilis y adrenalina por todos lados, iba a dar orden de cortar cuando se produjo el milagro. El príncipe se dejó caer desde el cielo. Tomó con toda naturalidad a la Pupi y se pusieron a bailar un vals contagioso en el que hasta los remolinos del viento parecían involucrarse.

—¡Música! —pidió dulcemente el Nervio Rojas, pero ya alguien había conectado el equipo y un majestuoso vals llenaba el bosque. El director siguió la cadencia con los hombros. Los camarógrafos también bailaban mientras seguían las evoluciones de la pareja, y fue así como obtuvieron algunos de los movimientos de cámara más inusitados que se hubiesen visto en la pantalla. Todos seguíamos el baile en el bosque, que parecía verdaderamente encantado con la música y la danza.

La música terminó. Ellos siguieron bailando.

—¡Corten! —gritó el gordo. Nadie le hizo caso.

—¡Yo soy el director! —alegó el Nervio Rojas.

—De acuerdo, eso nadie lo discute, pero terminemos de una vez —dijo Pete—. ¿Para qué alargar tanto esta escena? Todos tenemos que hacer..., estamos cansados.

—Dije que aquí soy yo el que da las órdenes.

Enrique dejó que el baile se prolongara. Ellos tarareaban el vals para seguir danzando. Cuando el Nervio consideró que su autoridad había quedado claramente afirmada, ordenó que cortaran.

La Pupi no soltó al príncipe. Permaneció enlazada con él, lo invitó a caminar. Pete se les acercó y conteniendo a duras penas su furia le habló al príncipe con su apestoso tono patronal.

—No sé cuál fue la agencia de modelos que lo mandó, pero estoy conforme con su trabajo. Tendría que pasar por la oficina a firmar el contrato. A fin de mes puede ir a cobrar con su talonario de boletas.

El príncipe lo miró de arriba abajo, divertido, se dio media vuelta y se fue dejándolo con la mano y la tarjeta estiradas.

—¡Espera! —gritó la Pupi—. Quiero invitarte a una fiesta.

El se volvió y la miró fijamente, como tratando de encontrar dentro de los ojos de ella algo que hubiera perdido hacía mucho tiempo.

—Es esta noche en mi casa..., voy a celebrar mi cumpleaños.

—Con mucho gusto. Estaré allá a la hora que digas.

—Voy a conseguir un lápiz para anotarte la dirección.

—No hace falta. Déjame adivinarla. Llegaré como sea.

La Pupi volvió a enlazarse a la cintura del príncipe. Se fueron caminando por el claro del bosque mientras Pete se revolvía buscando a alguien contra quién descargar su rabia, pero la grabación estaba concluida. El baile había salido de miedo. El equipo, los productores, asistentes, electricistas y estudiantes en práctica, empezaba a desgranarse, a cargar cámaras y focos, a enrollar cables y a distribuirse en los vehículos que los trajeron hasta el bosque. Había un ajetreo parecido al del desmantelamiento de un circo. Desde arriba del árbol al que había logrado volver a agarrarse después de quedar colgando, Reventoni pedía a gritos que lo ayudaran a bajar, pero todos estaban ocupados y urgidos por irse de una vez. Pete paseaba su irritación entre el movimiento, los gritos, motores encendidos y polvareda, mientras allá lejos, en los límites del claro, la Pupi seguía coqueteando con el príncipe.

Lo miré con calma. Recién entonces me di cuenta de que él no llevaba encima ningún disfraz ni ropa de utilidad, sólo unos jeans gastados, botas de media caña, camisa de franela colorada y un chaleco artesa de gamuza, sin mangas, que en vez de abotonadura tenía un cordón de cuero. No era rubio, como el modelo que quería Pete. Llevaba el pelo castaño cogido en una coleta. Su barba, levemente rojiza y enrulada, despedía matices de metal oxidado, parecía reproducir los lejanos reflejos otoñales del bosque. La verdad era que no necesitaba disfraz. Te-

nía porte y ademanes principescos. La Pupi lo miraba boquiabierto, poniendo en juego sus cerradas de ojos, risitas y contoneos, sacando a relucir todos los armamentos de su arsenal de seducción.

Por fin todo había terminado. El mundo respiraba en paz, la realidad se ablandaba dulcemente. Se aflojaron las tensiones de todos esos días y noches de locura, de trabajo a presión, de gritos destemplados y de neuras. Mike Baez, Pete, don Walter con sus yogures y sus vacas lecheras parecían demonios conjurados. Los había dejado contentos y ahora ellos me permitían descansar. Un delicioso sopor empezó a ronronearme como un gato regalón dentro de la cabeza, a refregarse contra mi piel, a suavizar las aristas de la vida. Me senté en la hojarasca apoyando la espalda en el tronco de un árbol. Vero pasó por mi lado.

—¿Te llevo, perrito?

—No, gracias —contesté—. Voy a quedarme un rato a respirar.

Las personas y las cosas de los alrededores empezaron a diluirse. Mi cuello flojo dejaba caer la cabeza. El sueño me invadía los ojos como una niebla azulada a través de la cual vi cómo partían las camionetas y los autos, cómo discutían Pete con la Pupi, cómo ella intentaba irse y cómo él la asía por la muñeca y forcejeaba para meterla dentro del auto. Por fin consiguió, a empujones, encerrarla dando un portazo. Mientras rodeaba el capó para ir a sentarse al volante, la Pupi le ganó el quien vive, se desplazó al lugar del conductor, dio el contacto y partió dribleando entre los árboles.

—Mátense —susurré—. Muérdanse, tritúrense...; no es problema mío —dije y cerré los ojos.

## VII

Ya no me ocupaba en descifrar ninguna de las cosas que habían ocurrido esa mañana ni en ponerme en estado de alerta para enfrentar los trabajos que vendrían. Faltaba editar el comercial y musicalizarlo, pero todo eso se haría después, el lunes, martes o miércoles. Por el momento disponía de una tarde para dejarme llevar a la deriva. El sueño reblandecía a las personas y las circunstancias hasta derretirlas, revolverlas y fusionarlas en una mezcla en la que la vida quedaba convertida en una especie de pizza, donde los contornos de las cosas se perdían en medio del queso fundido. Pete, la Pupi y compañía se deslizaban suavemente, esquiaban encima de la mozzarella para hundirse en las partes más calientes y luego emerger aferrándose de las tajadas de tomate.

En algún momento sentí una presencia situada más allá de la pizza, tal vez al lado de afuera del sueño o quizás en otro sueño. Abrí los párpados sin despertar. El bosque se mecía con el viento tibio, la tarde parecía apacible y luminosa. Frente a mí, recortando la poderosa luz del sol, estaba el príncipe observándome con la curiosidad de un naturalista que examina los hábitos de un bicho raro. El se encontraba ahí de pie, despierto, lúcido y descansado, y yo en el suelo, en esa zona in-

cierta del entresueño que le da al mundo una textura de irrealidad.

Poco más allá se veía a Reventoni durmiendo en una posición de equilibrio precario sobre las ramas del árbol del que al fin nadie lo había bajado.

—Se va a matar —dije tratando de incorporarme.

El príncipe se volvió para mirar en dirección de Mauro.

—Tranquilo —me dijo—, no va a pasarle nada. Déjmoslo dormir. Su ángel de la guarda anda revoloteando alrededor.

Se hizo un silencio prolongado. La tarde recobró la calma apenas alterada por ese diálogo ínfimo. No quedaban rastros de la jornada de grabación. Se había esfumado el olor de bencina y las hojas caídas parecían haberse reacomodado para borrar las señales de los neumáticos. Los abejorros zumbaban y un poco más allá alcancé a ver la acequia de agua pura. Decían que llegaba directamente de la cordillera, abriéndose paso por caminos subterráneos, así la ciudad no alcanzaba a ensuciarla.

Me sentía aturdido. El bosque era como la resurrección de un verano antiguo, reflatado desde el fondo de mi memoria. Creo que volví a dormirme, busqué refugio en la pizza, en las profundidades del queso, donde estaba a salvo de las exigencias y acosos del trabajo.

La voz del príncipe me llegó desde lejos:

—¿Y...?, ¿encontraste el Grial?

Abrí los ojos empañados de sueño. Lo vi sonreír y apuntarme con su sonrisa que parecía llegar desde el otro lado de un vidrio donde se condensaran vapores y neblinas. Dejé que su gesto resbalara, que se escurriera con las gotas que corrían por el cristal. El seguía sonriendo, formulando una invitación que yo no me decidía a aceptar. Permanecí encogido, con medio cuerpo aún dentro de la pizza, tratando de empalmar el rostro del príncipe y el bosque de fondo con



recuerdos húmedos y volátiles. Me sentía trasnochado, sucio, indigno de recibir la revelación que él me incitaba a buscar.

Iba a caer otra vez en el sueño cuando el príncipe se puso en cuclillas, me tomó por los hombros y me sacudió.

—¡De pie! —dijo, riéndose—. Que el gordo sinvergüenza ese no se acuerde de los amigos me molestó bastante. Pero a ti no te lo perdono.

Fue entonces cuando conseguí calzar la imagen de su rostro barbado con aquella otra que recorté alguna vez de una revista rockera inglesa en que aparecía Gabo, el mismísimo Gabo con el que recorrimos el bosque, agarrándonos a hondazos con la pandilla del Mordro. Entonces coincidieron también los rasgos del príncipe con los del amigo de infancia cuyo recuerdo estaba perdido en aquellas regiones brumosas que se confunden con el sueño.

—¡Volviste! —exclamé maravillado.

—Y era que no..., les prometí volver.

—Ya ni me acuerdo, creo que sí. Algo dejaste escrito en un papel: que esperáramos y mantuviéramos el grupo y la hermandad del Grial.

—Apuesto a que ustedes no mantuvieron nada...

—Pensé que eran esas cosas que se escriben por pura formalidad, que no te íbamos a ver nunca más. Y para más remate Pete...

Cómo explicarle la traición de Pete y mi propia claudicación. Tendría que haber hablado de tantas cosas, recordar por ejemplo la fascinación que el bosque ejercía sobre nosotros, muchachos de bloques de departamentos de ese barrio nuevo, recién entregado por la CORVI, que de pronto se topó con las acequias y los muros de adobón guarnecidos de zarza, que protegían el magnífico parque enmarañado que veíamos desde nuestras ventanas.

Tendría que contar que para una de esas Pascuas olvidadas me regalaron un libro amarillo de la Colección Robin Hood: lo leí en las tardes de vacaciones y, para darme importancia, llegué un día, grave y circunspecto al potrero destinado a áreas verdes, donde me juntaba con Pete y Daniel.

—¿Saben? —dije apuntando hacia las inexpugnables zarzamoras—, allá dentro está escondido el Grial.

—¿Qué es eso? —preguntaron los dos.

Lo cierto era que yo mismo no lo tenía muy claro. Después Gabo nos ayudaría a entender que es el proceso de búsqueda lo que nos lleva a conocer el Grial o a acercarnos a él, a comulgar con él, porque al buscar el Grial te vas transformando por dentro. Pero en ese momento yo no sabía casi nada y tenía que presumir conocimiento delante de mis amigos, así es que empecé a carrilearme.

—El Grial es un cáliz, una copa, la reliquia que se empeñaron en encontrar los caballeros de la Mesa Redonda para devolverle a la humanidad el camino perdido.

—No entiendo nada —alegó Pete.

—La Mesa Redonda era una representación del Universo. En ella el rey Arturo reunió a un grupo de caballeros y les dio la misión de restaurar la justicia en el mundo.

—Por lo visto no lo consiguió —comentó Dani, que ya en esos tiempos era pesimista.

—La tarea quedó pendiente. Dicen que el rey Arturo está dormido en una isla rodeada de neblinas impenetrables, que algún día va a volver. En una de esas, para despertarlo hay que encontrar el Grial. Ahí está el secreto de todo: en el Grial se encuentra la clave para devolvernos al paraíso.

—¿Y cómo sabes que está escondido en el bosque? —preguntó Pete.

—Se me apareció en sueños —mentí asquerosamente—, fue una visión, más que eso, una sensación indescriptible de luz y de poder que me atrajo y me envolvió.

Por supuesto contaba, como si fueran míos, los aparecimientos del Grial a los caballeros, que había leído. Pero terminé creyéndome mi propio cuento. Ya estaba embarcado en el asunto. La dinámica de mi delirio me empujaba. No podía echar pie atrás. Y sin embargo intuía que en el centro de todas esas mentiras se ocultaba la semilla de una verdad.

¿Por qué Pete y Dani me creyeron? ¿Por qué se entusiasmaron con mi cuento y se comprometieron con él? Eramos niños, habitantes de una ciudad grisácea, dura, polvorienta, donde el único portento era esa mancha verde de árboles, esa residencia de pájaros e insectos. Necesitábamos darle una explicación a aquel bosque improbable, y también nos hacía falta un pretexto para entrar en él. La historia del Grial servía para las dos cosas.

—Tenemos que encontrarlo —dijo Daniel.

—Vamos por la noche —propuso el gordo—. Salgamos a buscarlo cuando todos duerman.

Fue una de esas magníficas noches de verano. La media luna alumbraba como si estuviera llena. Era fin de semana, así es que quedaban pocos vecinos en los bloques. La mayoría andaba de paseo en la playa o en pueblos de provincia.

Salí cerrando la puerta cuyas bisagras había aceitado en el día. Provoqué una estampida de gatos en el descanso de la escalera. Me agaché para pasar por la ventana del primer piso. Don Rudi sufría de insomnio. Su departamento despedía los destellos y balaceras del televisor. “Llamaré a la policía”, gritaba una voz de mujer doblada

al castellano. “Déjate de estupideces, cariño”, le contestaba un hombre. “¿Les vas a explicar qué hace en tu apartamento el cadáver de Bob?”

Sospeché que los otros se habían quedado dormidos. Decidí esperar un poco y, si no aparecían, internarme solo en el bosque. Estaba convencido, más convencido que nadie, de mis propias mentiras. Es que olfateaba que el bosque era mucho más que una arboleda con fuentes y cursos de agua.

Por fin apareció el gordo. Traía la cara mojada. Se había estado rociando con su pistola de agua para mantenerse despierto. Venía como para escalar el Everest, con todo el flamante equipo de montaña que le habían regalado para la Pascua.

—¿Y Daniel?

—Ni luces.

—Vamos —dijo Pete—; si no llegó, mala suerte.

—Esperemos un rato. Puede que haya tenido problemas para arrancarse.

—Es que hay que aprovechar el tiempo. Tenemos que hallar el Grial antes de que lo encuentre otro. Si Dani no aparece, peor para él y mejor para nosotros. Nos vamos a medias, ¿okey? Mientras menos bocas más nos toca, decía mi abuelita.

No pude sujetar al gordo, así es que partimos. Por el camino nos alcanzó Dani. Con el cuchillo de Pete nos pusimos a cortar zarzas. El pobre sufría con cada golpe que les dábamos a las ramas. “No se vaya a mellar..., está nuevecito”, se lamentaba.

Por fin despejamos un pedazo del muro de adobón. Por ahí escalamos y arrastrando las tejas que cubrían la parte superior, caímos al otro lado.

Fue como sumergirse en una pileta de agua oscura. Había un chicharreo intermitente, un croar de ranas, zumbidos

que revelaban la presencia de una multitudinaria vida invisible a nuestro alrededor, sobre nuestras cabezas, debajo de los pies. El perfume de las hojas y maderas descompuestas era intenso. El bosque parecía examinarnos con la punta de sus dedos; las ramas nos tocaban la cabeza y a los pocos pasos se nos pegó a la cara una espesa telaraña.

—¡Mierda! —gritó el gordo y encendió su potentísima linterna.

—¡Apágala! —le dije a media voz, porque desde la espesura llegaban ladridos de perro. No alcancé a calcular si venían desde el interior del bosque o de las poblaciones que había al otro lado.

—Esperen —pidió el gordo y avanzó hasta un tronco.

Me di cuenta de que todos teníamos miedo, de que lo único que queríamos era estar de vuelta en nuestras camas, pero ninguno iba a correr el riesgo de mostrarse cobarde, así es que no quedaba más remedio que seguir.

—Vamos andando —urgió Dani—; ¿terminaste de mear, guatón? —preguntó dándose las de macho recio, pero no pudo disimular el castañeteo de los dientes—. Hace frío —explicó.

Y era cierto. Dentro del bosque había una temperatura más baja que en la calle.

La difusa luz de la luna estiraba hasta el infinito las copas de los árboles. Al mirar hacia arriba, las ramas parecían perderse en una especie de neblina estelar.

De pronto Pete se cayó a una acequia y se puso a chapotear y a echar garabatos que multiplicaron los ladridos de los perros.

Lo sacamos del agua. Insistió en estrujar los calcetines y se demoró un buen rato forcejeando para desatar los cordones mojados de las zapatillas. De vez en cuando encendía la linterna para verificar el estado en que iba quedando su queridísimo equipo de montaña.

—Mejor devolvámonos —sugirió Daniel—; otra noche podemos volver más preparados.

—¡Apúrate, gordo! —dije en sordina.

—Espera que me seque. ¿Quieres que me resfríe? No es ninguna gracia resfriarse en verano...: nada de playa, nada de piscina.

—¡Por favor, cállense! —gritó Daniel.

Le obedecimos porque algo se deslizaba entre las ramas, y un galope suave, amortiguado por la blandura del suelo vegetal, avanzaba hacia nosotros. El inquietante revoloteo se hizo más intenso allá arriba, en las copas de los árboles.

—Que el gordo nos alcance, yo me voy —anunció Dani y se dio media vuelta y después vuelta entera y muchas vueltas más, sin saber hacia dónde ir—. ¿Por dónde fue que vinimos? —preguntó angustiado y encendiendo la linterna de Pete comenzó a pasear el foco por todas partes.

—¡Apágala! —aullé.

—Cálmate —dijo Dani—. Estás cagado de miedo.

—No tengo miedo —contesté temblando—. Si propongo la retirada es porque me parece prudente...

En ese momento un bulto se abrió paso entre las ramas. Di un grito. El bulto también gritó. Daniel volvió a encender el foco e iluminó al gordo que tiritaba como gelatina; venía descalzo, con las zapatillas en la mano, y despavorido. Ibamos a garabatearlo como se merecía cuando las ramas se abrieron otra vez ante el salto de una enorme sombra de ojos brillantes que gruñía. A Daniel se le cayó la linterna.

—¡Dragón! —gritó una voz desde lo alto—. ¡Quieto, Dragón!

La linterna quedó encendida en el suelo, generando sombras distorsionadas que bailaban nerviosas. El animal oscuro se nos acercó y comenzó a pasearse a nuestro alrededor, sin dejar de gruñir como si nos vigilara. Era un perro descomunal, un gran danés de piel atigrada. Se

acercó al gordo y lo empujó con el hocico para ponerlo junto a nosotros e impedir que se le escapara. Pete, aterrado, levantó la cara hacia arriba, tratando de dirigirse al punto desde donde nos había caído la voz.

—Por favor, llámelo —imploró.

—No va a hacerte nada, nada malo. A veces se pone un poco juguetón, pero eso no puede prohibírsele.

Como si obedeciera a una sugerencia del amo aéreo, el perrazo saltó encima del gordo, lo derribó y se puso a lengüetearlo.

—¿Se puede saber qué andan haciendo aquí? —preguntó la voz.

—Estamos perdidos. Entramos sin querer —tartamudeó Dani.

—Mentiras —afirmó tranquilamente la voz que parecía acercarse deslizándose hacia las ramas más bajas. Un flechazo zumbó en el aire y el dardo fue a clavarse en el tronco donde estaba apoyado Daniel—. Nadie entra sin querer en un parque amurallado. Nadie escala un muro cargado de zarzas, por casualidad. ¿Qué buscan?

—El Grial —tartamudeé, para salir del paso.

Allá arriba se hizo el silencio. Estuve a punto de creer que todo había sido una alucinación que se esfumaba dejando paso a la realidad reconocible, familiar, segura. Pero entonces una sombra se dejó caer con extraordinaria agilidad desde los árboles. Llevaba un arco terciado sobre el hombro. Tenía el pelo largo, tomado atrás en una cola estilo *Sting*. Debía ser algo mayor que nosotros, calculé, o tal vez sólo era más alto, más huesudo. Se dirigió a mí jugueteando con una flecha que doblaba entre los dedos. No estaba quieto un momento, parecía ejecutar un baile entre las ramas, nosotros y el perro.

—Con que el Grial... ¿Y por qué vinieron a buscarlo aquí? —preguntó.

—Bueno..., es que... ¿en qué otra parte podría estar? Este es un lugar cerrado, protegido, misterioso...

—Podría estar aquí tanto como en cualquier otro lugar o en ninguno o en todos.

—¿Tú conoces bien el bosque? —preguntó Daniel.

—Algo. Es mi bosque. Vivo acá. La casa que está en medio del parque es mi casa —contestó el arquero.

—Entonces debes saber dónde buscar.

—No. Nunca se termina de conocer los rincones de un bosque.

—Este no es muy grande.

—¿Y qué importa el tamaño? Todo bosque es infinito. Les falta aprender. Creen que encontrar el Grial es como esos juegos en que se esconde una prenda y te orientan diciéndote frío frío, caliente caliente.

—¿Y entonces cómo se busca? —preguntó el gordo.

—Uuufff —dijo el arquero y ensartando en la cuerda la flecha que llevaba en la mano la despidió hacia el cielo—. Ahora me estoy dedicando a las cuerdas y a sus vibraciones, a la música del arco y a los flechazos de la guitarra. Para otra vez tengan cuidado. Pude ensartarlos. Desde el otro lado están entrando al bosque con malas intenciones. Cortan las ramas para hacer puestos de venta al lado de la carretera.

—Debe ser la patota del Mordro —comenté.

—Váyanse a dormir —dijo el dueño del bosque—. Yo tengo que darme una vuelta por el otro límite, voy a ver el forado por donde se cuelan.

—Te acompañamos —dije—; la pandilla del Mordro es peligrosa. Nos hemos agarrado a peñascazos con ellos.

—Pero no tienen arcos. Mejor vengan mañana y les enseñe el arte de la arquería.

Intentamos partir, pero no sabíamos por dónde avanzar. El bosque se había cerrado a nuestro alrededor. Da-

niel paseó la linterna pero por todos lados se veía una pared de follaje tupido. El dueño del bosque sonrió e indicó con el dedo en una dirección. La ramazón pareció abrirse en ese punto, mostrando un sendero blanco que aparecía y desaparecía según la luz de la luna se apagaba o encendía con las nubes que navegaban en el cielo.

—Sigán derecho, no hay dónde perderse.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Gabo.

—¿Gabriel?

—Gabo no más.

La casa de Gabo había sido la residencia patronal en los tiempos en que todo el sector era puro campo, viñas, trigales y más arriba, en la montaña, potreros donde pacían vacas y novillos; y más arriba aún, cuatreros que bajaban a robarse las vacas y novillos.

El papá de Gabo tenía una profesión hasta entonces desconocida para mí: luterista. Sus dedos largos eran admirables; manejaban con precisión unas herramientas intrincadas, con filos curvos, y siempre estaba rodeado de aureolas de viruta. Conocía las fibras más íntimas de la madera. Sabía ensamblar piezas, darles la forma adecuada, la tensión justa para que recibieran las resonancias de las cuerdas que después estiraría sobre ellas.

Nunca supimos su nombre. Le decíamos don Gabo. Aunque era un tipo reconcentrado y silencioso, no parecía molestarle el ruido. Podíamos correr, tocar nuestra música, conversar y hasta gritar por sus alrededores. No nos escuchaba; tenía el oído sintonizado en otra frecuencia, en sonidos más recónditos, en las caminatas de las termitas dentro de las vigas de la vieja casa, en la lenta descomposición de la madera, en los crujidos del alma de los troncos, en los trozos que él mismo cepillaba y pulía y que de vez en cuando golpeaba con los dedos para luego sostenerlos

y quedarse absorto, como adivinando la musicalidad escondida en sus vetas.

No fabricaba los instrumentos convencionales: violines, violas o cellos, sino laúdes arcaicos, enormes guitarras de hasta diecisiete cuerdas, cítaras complejas y desmesuradas como bergantines.

La madre era una mujer vaporosa, fina, liviana, parecida a un cisne. Se dedicaba a dar clases de danza y a crear coreografías. Hacía viajes por todo el mundo y llegaba cargada de cosas inútiles: muñecas con cara de loza, trajes apolillados de aldeanas de pueblos perdidos en los Alpes, camafeos saltados e impertinentes con los cristales rotos.

Entre los objetos que colgaban de los muros en la pieza de Gabo, nos causaba admiración especial un alfanje parecido al que llevaban al cinto los piratas de Mompracem; el magnífico arco que el mismo Gabo había labrado con las herramientas de su papá, y la guitarra de doce cuerdas que su padre le había fabricado a la medida, para calzar en el hueco de sus brazos, para funcionar de acuerdo con sus tendones y sus músculos. Manejaba el arco y la guitarra con pericia envidiable. Al ver los movimientos de sus dedos sobre las cuerdas yo me sentía bárbaro y torpe.

Un día nos propuso que tocáramos juntos. Llevamos a su casa nuestras pobres guitarras, compradas en la cárcel, y también los bajos electrónicos elaborados en clases de trabajos manuales. El luterista se las arregló para perfeccionarlos de manera que pudimos sacarles sonidos que nunca habían dado antes. Así empezamos a ensayar y a olvidarnos de la música para hacer música de verdad.

La primera vez que nos juntamos, Dani llevó unas revistas *La Bicicleta* en que salían posturas de guitarra.

—La música escrita no tiene gracia —sentenció Gabo.

—¿Quieres que la saquemos por oído? —pregunté.

—Claro. Hay que aprender a oír.

—Hagamos la prueba. Tomen los instrumentos —aceptó Daniel.

—Los instrumentos son lo de menos —dijo Gabo—, lo principal es el vacío.

—¿Cuál vacío?

—Por ejemplo el vacío que hay en el hueco de la guitarra. Esa es la concavidad que tiene que llenarse y vaciarse de sonidos, que tiene que colmarse y derramarse una y otra vez. Nosotros también tenemos que vaciarnos. Hagan cuenta que somos el interior de una guitarra y dejémonos llenar con la música que viene de todas partes...

—¿Pero de dónde? —preguntamos mirando al aire en busca de posibles notas dispersas y volátiles.

—Del viento, del bosque, del baile del mundo por el cielo...; concéntrense..., respiren hondo..., invoquen, convoquen, la música vendrá.

Al principio no pasó absolutamente nada. La concentración aquella para vaciarse como un cántaro y recibir el agua preciosa de la música que debía fluir desde manantiales invisibles no dio ningún resultado. Pensé que Gabo era un farsante y decidí no hacerme mala sangre ni poner mucho entusiasmo en esos extraños ensayos silenciosos de los que no sacábamos nada. Pero un día empecé a escuchar fragmentos de melodías secretas. Me llegaban en cualquier momento. A veces despertaba a medianoche con una canción que alguien parecía haber estado cantándome al oído o creía sentir el flujo irregular de un tema emitido por una radio lejana, que llegaba y se iba, empujado por el oleaje del viento. Y poco a poco se completaron frases musicales que, al ensamblarse, se escucharon bien. Creo que a los demás les pasó lo mismo, porque al fin llegó el día en que rompimos el silencio y pudimos tocar y tocar y tocar casi sin esfuerzo, dejándonos llevar por la

música que una vez iniciada seguía su propio camino, buscaba su curso natural, se generaba a sí misma como un río que sabe alimentarse de las nieves eternas y atraer afluentes para hacerse más ancho y poderoso, y así conseguimos esa música torrencial que alcanzó a darnos una muestra del éxito y la fama que habrían podido ser enormes si no nos hubiésemos separado.

Podíamos ensayar horas y horas. Nos costaba parar, era difícil salirse del torrente de esa música que hacía que todo fluyera con la naturalidad del viento y de la lluvia, que recomponía el mundo y parecía lubricar la realidad.

Desde el principio nuestro grupo se llamó sencillamente *Grial*. Después un promotor nos bautizó como *Rockeros Celestes*. Era un nombre mucho más marketero pero preferíamos el original, porque comprendía también nuestra otra hermandad, la de los arqueros. Sí, en ese mismo tiempo aprendimos a tensar el arco y a pulir delgadas varas, poniéndoles puntas de cactus en un extremo y en el otro recortes de las plumas que nos dejaban los pájaros. Alguna vez, cuando la guerra se hizo más cruenta, hasta untamos las flechas con el veneno de los alacranes que encontrábamos debajo de las piedras.

Nunca supe por qué estábamos en guerra. Tal vez porque el Mordro odiaba el bosque y se sentía ofendido por la dignidad y la estatura de los árboles. Mordro es de esos tipos que se lo pasan escupiendo y mirando al suelo y no soportan las cosas que su vista no es capaz de alcanzar. Me preguntarán entonces por qué no las emprendió contra los edificios de departamentos. Sencillamente porque éstos tienen pisos, y así como uno puede subir y detenerse en los descansos y saber en todo momento en qué nivel se encuentra, los ojos del Mordro encontraban en los bloques ese orden escalable, esa altura geométrica, fácil de vencer. Pero un árbol es cosa muy distinta. Las ramas

son un laberinto, más aún, son un laberinto dinámico que crece y que se enreda, que se agita con el viento, que protege el acceso hacia su propia altura.

Aprendimos que para ser infalibles en la arquería hay que aplicar el mismo principio que para hacer música. Concentrarse hasta llegar al vacío perfecto y luego dejar que se llene con la cuerda y su tensión, con el equilibrio entre el arco curvo y la flecha recta, con la trayectoria potencial de la flecha, para después romper ese equilibrio y dejar que la flecha cumpla su trayecto y vaya a clavarse donde debe. Mientras no dominamos ese arte, echamos mano del recurso sucio del veneno de alacrán. Lo hacíamos a escondidas de Gabo. En cierta oportunidad uno de nosotros le clavó una flecha envenenada en el trasero al Mordro. Dicen que estuvo tres días transpirando, con náuseas y con fiebre. Juró vengarse, pero cuando trató de movilizar a su pandilla, todos estaban muertos de miedo. Les habían tomado respeto a los poderes del bosque, lo que no quitaba que lo siguieran odiando mucho más que antes. Como no veíamos señales de acción decidimos tomar la ofensiva.

Nuestras primeras incursiones fueron juego de niños. Salíamos usando los mismos boquetes que habían abierto en el muro de adobón los pandilleros del Mordro. El barrio en el que se extendían sus dominios era un desierto. Los potreros destinados a áreas verdes se habían convertido en tierrales plomizos, ripiosos, secos, donde lo único que se levantaba entre las piedras y las latas desechadas eran los palos de unos árboles muertos.

Constaté la diferencia enorme que había con nuestro barrio. Era que el bosque parecía mirar hacia nosotros y lanzarnos oleadas de polen, de pájaros, de vida. Al pie de cada bloque crecían enmarañados jardines con dengues y enredaderas, y hasta algunos parrones apuntalados contra los muros. La gente se las había arreglado para plantar un huerto común donde depositaban las basuras orgánicas. La tierra resultó tremendamente feraz e invadió los jardines con ramas llenas de tomates y tentáculos cargados de pepinos y melones. En las tardes subía hasta los departamentos el aroma de las hortalizas y de la tierra mojada, y cuando hacía buen tiempo, los viejos salían a jugar a las cartas debajo de los precarios emparrados.

El bosque, en cambio, le daba la espalda al barrio del Mordro, donde los bloques, las aceras y los sitios baldíos

tendían a uniformar su color arratonado. Lo único que florecía era uno que otro crisantemo, en tarros colocados en las ventanas de los pisos más altos, fuera del alcance del pisoteo, los pelotazos y las llantas de las motos. Por la noche el sector tenía más colorido. Se iluminaba con los neones de los boliches de juegos electrónicos y de las schoperías.

Dije que al principio nuestras expediciones eran casi como jugar al pillarse. Penetrábamos en los territorios del Mordro, provocábamos con gritos y con flechas, ellos nos correteaban a hondazos o tiros de rifles de postón y hasta organizaban después expediciones punitivas que nosotros repelíamos emboscados en las ramas.

Pero a medida que crecíamos, el juego se fue haciendo peligroso. Los del Mordro habían empezado a usar armas más contundentes, cadenas, laques y cortaplumas automáticas.

—Pueden acuchillarnos —advertí un día—. Para qué seguir arriesgándonos. Quedémonos en el bosque. Aquí somos imbatibles. No tiene sentido seguir buscándoles el odio.

Estábamos bajo la sombra de un sauce. El viento movía las ramas que caían hasta el suelo y nos hacían cosquillas en la cara.

—Si sabes hacer volar una flecha y puedes enviarla a donde quieras, no hay enemigo que valga —sentenció Gabo—. Es como si encontraras una palabra hiriente para tirársela a tu adversario. Si escoges bien, el insulto se le va a clavar donde más le duele y va a quedar ahí, molestandolo para siempre. La flecha es una palabra. Cada vez que das en el blanco, injurias a tu enemigo. Más que la púa, a los amigos del Mordro les duele y les humilla el hecho mismo de recibir un flechazo, de que uses sus cuerpos como blanco y que te resulte. La flecha es una palabra,



es parte del lenguaje de tu cuerpo, por eso tienes que dejar que tus músculos se tensen junto con el arco, tienes que hacer que el arco sea parte de tu esqueleto y la cuerda como las de tu garganta, y escupir la flecha desde adentro como un mensaje que proclame tu poder...

El sauce seguía barriendo el suelo con sus ramas. Parecía una gigantesca peluca verde colocada encima de un tronco.

—¿Sabían que este árbol es oriental? —preguntó Gabo.

—¡Mentira! —dijo Pete—. El sauce llorón es más chileno que los porotos. Crece a la orilla de los esteros. En todos los paisajes de campo de calendarios y tarjetas postales hay por ahí uno de estos arbolitos.

—Así será, pero lo trajeron del Oriente. Se aclimató bien aquí, por eso es como si fuera local. Hay un cuento de un monje japonés que contemplaba el bosque mientras caía la nieve. Escuchó que los árboles más robustos apostaban entre ellos a ver cuál soportaba más peso. La nevazón seguía y seguía y hasta las ramas más potentes se fueron quebrando con el peso que se les acumulaba encima. El único que soportó el temporal fue un árbol por el que nadie daba un peso: el sauce llorón, porque en lugar de hacer fuerza y cargar más y más peso, procedía con flexibilidad, dejando que la nieve escurriera por sus ramas hacia el suelo.

—¿Y qué pasó con el monje? —preguntó Daniel.

—Se dio cuenta de que no hay que empujar el río, que es mejor aprovechar la fuerza de la corriente, que si eres flexible como un sauce no hay carga capaz de vencerte. Es el mismo principio del arco: se curva hasta su punto de máxima tensión y aprovecha la fuerza de su propia curvatura para despedir la flecha. Bueno, la verdad es que el arco ya estaba inventado hacía rato, así es que el monje se dedicó a inventar un sistema de lucha con la sabiduría del sauce. Ese es el judo.

Gabo tenía un instructor que nunca quiso mencionar. De todos modos él se ocupó de entrenarnos para ser como sauces, y un día nos propuso salir desarmados, sin arcos ni flechas, al barrio del Mordro. En otras circunstancias nos habríamos opuesto, porque eso era si no un suicidio, por lo menos una idiotez. Pero precisamente en ese tiempo habíamos aprendido a no hacer oposición, a dejarnos llevar, a fluir junto con la corriente, de manera que partimos caminando con los pies ligeros, casi alados, flotando como en un sueño.

Caminamos por el sitio eriazo en cuyos extremos habían parado dos arcos de fútbol con varas arrancadas del bosque. Estaba oscureciendo. El viento hacía volar nubes de tierra suelta. Allá al final del potrero las ventanas de los bloques y los neones de los boliches empezaban a encenderse. Alcanzamos las primeras veredas. Varios perros salieron a ladrarnos; eran como una manifestación de la hostilidad que nos profesaba ese barrio. Un par de niños nos reconocieron y se fueron corriendo a dar la voz de alarma.

Por fin se dejó oír la inconfundible risotada del Mordro. Dialogaba con los mensajeros.

—¡Seguro que van a venir con las manos peladas! ¡Jamás!, no se atreven —les decía a los niños.

Vimos unos bultos que fumaban y hacían circular una botella de cerveza. Estaban apoyados en los muros o encucillados junto a la vereda. Al vernos empezaron a moverse como palitroques alcanzados por un bolo. Estaban desconcertados.

—¿Son...?

—No puede...

—Pero son.

—Dije que no se atreven.

—Pero ahí están.

—¡Qué se han creído! —bramó el Mordro.

Un botellazo pasó volando por encima de nuestras cabezas. Hicimos como si enhebráramos las flechas en arcos invisibles. Ejecutamos la mímica del disparo.

—¡Cuidado!

Los torpes se pusieron a cubierto mientras nosotros nos retorcíamos de risa.

Se revolvieron enfurecidos. El Mordro sacó la cadena que llevaba envuelta en la cintura. Avanzó haciendo remolinos en el aire. Todos sus herrajes tintineaban, sus estoperoles sacaban chispas del pavimento. Gabo avanzó a su encuentro.

—¡Tiene un cuchillo en la bota! — le advertí.

—Ustedes vigilen a los otros — dijo Gabo —. Acuérdense del árbol —agregó, mientras con un movimiento del cuello hacía ondear su pelo como si fuera el follaje de un sauce llorón.

—¡Marica! —ladró el Mordro—. Te creís el Robin Hood, pero te movís como marica.

Los demás nos rodearon, escupieron sus chicles, eructaron con desprecio y se nos echaron encima, blandiendo sus horribles portagilletes, dispuestos a hacernos picadillo. Entonces cada uno de nosotros se convirtió en un sauce. Abrimos nuestras ramas, los dejamos pasar, los enredamos con zancadillas y, con la misma fuerza de su ataque, ellos fueron a dar al suelo.

Ninguno intentó levantarse. Quedaron aturcidos mirando cómo Gabo esquivaba los cadenasos y provocaba al Mordro para que éste se tropezara en su propia furia.

—No existo, Mordro, soy como el humo, soy invisible, igual que las flechas de las que te arrancaste. Somos fantasmas. No puedes tocarnos. Tus golpes no me alcanzan. Haz la prueba..., ¿viste?..., prueba otra vez.

Gabo se abrió camino por entre el vendaval de cadenasos, hasta tomar la muñeca herrada del Mordro y cargándolo por encima de su hombro lo arrojó a tierra. El Mordro enfurecido sacó el cuchillo de la bota, se levantó y empujó el filo hacia el rostro de Gabo, para partírselo. Creímos que lo iba a conseguir, que le abriría la cara, porque Gabo permanecía concentrado e inmóvil. Pero su cuerpo fue otra vez como el follaje del sauce: dejó pasar el golpe, con virtuosismo de torero, y se escurrió para que el Mordro fuera a estrellarse contra una pandereta de concreto. Ahí enterró el puñal, ahí la hoja se le escapó y le rebanó los dedos.

El Mordro salió corriendo con la mano dentro de la boca. A ratos se la sacaba para escupir sangre y maldecir y patear el suelo enfurecido. Buscaba desesperadamente la forma de descargar la cólera que ya no soportaba dentro de su propio cuerpo. Atacaba fantasmas, parecía luchar todavía contra las fintas de sauce de un Gabo que se le apareciera por todas partes.

—Eres demasiado concreto, Mordro —murmuró Gabo—, eres excesivamente abultado y duro y rígido.

Por eso fue que ayer nos atacaron con sus motos. Había viejos pleitos y odios acumulados. Y el incidente que acabo de contarles, esto del sauce llorón, no fue lo peor. Todos hemos sido derrotados alguna vez en la vida, ¿no? Pero hay algo que el Mordro no pudo perdonarle a Gabo: su música, su éxito. El hecho de que existiera un grupo de rock suave, que rescataba la música, la melodía, en la mejor tradición de los Beatles, le causaba urticaria a él que iba aumentando la apuesta *heavy*, y que pasaba del satanismo al *trasher* y después a la necrofilia, a Mordro

incapaz de hacer otra cosa que un rock apocalíptico, escatológico, qué metálica música de pesadilla. Cada vez que íbamos a dar un concierto, el Mordro y sus muchachos pintarrajeaban nuestros afiches, poniéndonos alitas y aureolas para ridiculizar nuestra propuesta de rock místico encumbrado. Y el éxito de Gabo en Europa sacó de quicio al Mordro. Entonces juró vengarse. Por eso es que esperaba el regreso de Gabo, para ajustarle cuentas, para no dejar impunes su éxito ni su música.

X

—El Mordro..., ¿pero qué es del Mordro? —me preguntó Gabo mientras caminábamos hacia su casa, después de bajar a Reventoni del árbol y dejarlo reposando sobre la hierba.

—Siempre apatotado, sabe rodearse de malandras. No sé por qué me admitió en su grupo. Seguramente necesitaba un bajista. O tal vez quería tener a alguien del Grial, a ver si de ese modo podía apoderarse del secreto de nuestro irresistible atractivo musical.

—¿Te acuerdas de cuando nos atacaban a hondazos y nos amenazaban con portagilletes?... Esos tiempos... —suspiró Gabo.

—El Mordro le hace ahora al tráfico. Se mueve en las schoperías, en las discotecas de mala muerte, en los sucuchos de juegos electrónicos. Sigue organizando conciertos de música rock por ahí en los estadios municipales. Gana plata.

—¿Y qué fuiste a hacer con él? —me preguntó Gabo, deteniéndose antes de entrar en la casa.

Me encogí de hombros. No supe contestarle. Elaborar una respuesta requería tiempo y una larga rumia de pensamientos. Si me lo preguntara ahora, le contestaría algo más o menos así:

Siempre me extrañó tu distancia, Gabo. No era cuestión

de orgullo ni de estiramiento. Siempre nos superaste en todo, Gabo: en seguridad, en manejo del mundo, en porte. Sobresalías entre nosotros, notoriamente, pero no fue esa la distancia que nos hiciste sentir. Simplemente no dejaste que se produjera la cercanía a que aspiran los amigos. Nos embarcaste en aventuras y en proyectos heroicos, pero no quisiste complicarte en esas otras maniobras en que nos confabulábamos para descubrir las vibraciones más tentadoras de la vida.

Compartimos más de una Pascua y uno que otro Año Nuevo. Me gustaría haberte preguntado dónde aprendiste a bailar todos los bailes que se han inventado. En uno de esos festejos de fin de año o tal vez en la celebración de tu cumpleaños o el mío, te pusiste a escarbar en el mueble de la enorme radioelectrola Grundig que había en tu casa, para desenterrar discos y más discos y resucitar ritmos tropicales, latinos, gringos, calipsos, mambos, rumbas, chachachás, canciones italianas, baladas, congas, merengues, y conjuntos de nombres tan rimbombantes como la música que hacían Little Richard, Los Platters, Los Cinco Latinos, Harry Belafonte, Dámaso Pérez Prado, Domenico Modugno. Lo bailaste todo y enseñaste a bailarlo a las niñas que andaban con nosotros. Sabías evocar a Bill Haley, a Elvis Presley, a los Beatles, sabías jugar con la prehistoria del rock y sacarles lustre a las canciones olvidadas.

En esa época nunca nos faltaban niñas. Ser admitidos en tu casa y ser tus amigos nos daba una aureola especial en la población. Eramos los elegidos, los que tenían acceso al bosque y eso atraía a las mujeres. Pero ni ellas ni nosotros pudimos acercarnos mucho a esa zona inexpugnable, a tu propio núcleo que mantenías envuelto en círculos de fuego, en nieblas impenetrables, en barreras tan herméticas como las que protegían la tierra encantada por donde pasa el centro del universo, por el ombligo cósmico donde se oculta el Grial.

Pensé que era cuestión de tiempo, que ya estábamos mayores y en una de esas saldríamos a fiestas y a la cacería de mujeres, no de las niñas de quince y dieciséis que iban a nuestras fiestuzas, sino mujeres de veras, capaces de revelarnos lo que sabe una mujer. Y tal vez después de ese y de otros aprendizajes, luego de cometer errores y torpezas, de equivocarnos y dejar estropicios mayúsculos, se aflojarían las defensas de aquellas zonas que tú mantenías resguardadas.

Pero cuando estábamos en edad de hacer ese tipo de cosas, te fuiste, Gabo, y entonces Daniel, Pete y yo sentimos que siempre habíamos estado lejos de ti, separados por un río escandalosamente caudaloso: a este lado nosotros, y allá, en la otra margen, a lo mejor lejos de la orilla, tú, apenas una silueta, casi una ilusión creada por la luz descompuesta por el agua que se pulverizaba al chocar en las rocas.

Quedamos perdidos, defraudados, con la sensación de que te escapaste dejando pendientes unas cuantas cosas fundamentales.

Me acuerdo del día que llegué a tu casa y encontré a tu madre enfundando muebles, descolgando cortinas, clausurando persianas en medio de un desorden de maletas y baúles. Yo venía de pasar un fin de semana largo, tres o cuatro días en un *tour* en Citroneta por diversos balnearios de la costa central.

—Nos vamos —me anunció ella.

Parecía flotar entre los bultos, empacaba siguiendo el ritmo de una antiquísima melodía de Tommy Dorsey que llegaba desde la electrola. Coordinaba tan bien cada movimiento, que parecía estar preparando la coreografía de una mujer en trance de mudanza. Me acordé de que alguna vez me contaste que ella había sido primera bailarina en un gran conjunto de danza clásica.

—Gabo partió ayer. Tenemos asuntos pendientes allá

—me informó indicando con sus larguísimos dedos hacia un punto indeterminado.

—¿Dónde? —pregunté algo angustiado.

—En Europa. Cuestiones de herencia, de patrimonio. Cosas que sólo entienden los abogados, pero hay que estar allá.

—¿Y cuándo vuelven?

—Quién sabe..., tal vez en unos años o a lo mejor nunca. Voy a ver modo de conseguirle una beca a Gabo para que estudie composición.

Entonces apareció tu padre. Se veía molesto con todo ese desajuste. Se notaba que no le hacía gracia el viaje, que lo arrancaba de la quietud de su taller de luterista, que le alteraba su vida ajustada al ritmo del pulimiento y ensamble de las maderas finas. Llevaba puesto un terno, pero igual tenía prendidas aquí y allá hilachas de viruta.

—Te dejó esto —me dijo alcanzándome un libro del Príncipe Valiente. En la primera página venía tu mensaje: “Me voy. Cosas de la *life*. Me conoces y sabes que encuentro ridículo eso de mandar postales. Pero voy a escribirte y en una de esas te hago llegar un libro. Sigam haciendo música y disparando flechas. Desde ahora en adelante todos los caminos llevan al Grial. Allá nos encontramos. Chao. Gabo”.

No volví a saber de ti. No recibí cartas ni libros. A lo mejor llegaron mientras me encontraba fuera, porque entonces me dejé llevar a donde la suerte me empujara. Me olvidé de Gabo y también de Pete y de Daniel. Pasaste a ser un personaje tan irreal como el Príncipe Valiente, Gabo, como Ivanhoe y los caballeros del rey Arturo, apenas un cuento de esos que uno se traga cuando es cabro chico. Pero yo no podía seguir siendo niño, necesitaba desesperadamente hacerme hombre, así es que partí donde el Mordro. Ahí estaba la realidad. Todo lo demás —Gabo, el bosque, las navidades llenas de risas y disfraces y bailes

antiguos— había quedado atrás, lejos, desdibujado como una de esas películas tan borrosas, que en el recuerdo se confunden con un sueño.

Sí, Mordro es un tipo concreto, bien perfilado, con aristas metálicas en la punta de las botas y remaches de hierro en la casaca de cuero negro. Sabe enfrentarse al mundo sin artimañas ni sutilezas para eludir o atenuar los golpes. Sus pasos retumban desde lejos. El ruido de su moto revuelve la noche. Su corteza es dura, nunca deja ver qué es lo que le está pasando por dentro, ni da pistas para que los demás adivinen cuáles van a ser sus reacciones.

Entiendan que yo llegué a una edad en que no podía seguir jugando a ser sauce. Necesitaba endurecerme, porque sospecho que la vida es como un *match* de *box*. Consiste en dar y recibir golpes y si uno se dedica sólo a hacerles el quite a las cosas nunca va a vivir de verdad. Además Gabo se había ido, nuestro grupo estaba disuelto, de manera que decidí ir a parlamentar con el Mordro.

Cuando llegué hasta el bar donde tenía su base de operaciones no hizo ni un solo gesto. Me dejó hablar, mirándome fijo, sin mover una pestaña. Las palabras se me fueron helando, caían congeladas de mi boca para quebrarse en el suelo. Cuando ya no tuve más que decir, el Mordro se quedó todavía un buen rato mudo, sin pegarme de encima una mirada que podía ser de odio, de

lástima, burla o desprecio. De pronto lanzó una risotada y cogió por el gollete la botella de cerveza que tenía en el mesón. Pensé que la iba a quebrar para hundirme los vidrios en la cara, pero me la alargó invitándome a tomar.

—Menos mal que te decidiste a ser alguien. Con ese marica del bosque, jugando a Robin Hood y tocando musiquita suave de supermercado, no ibas a llegar a niuna parte.

Así es que me aceptaron en el grupo. Se llamaba Mordro, igual que su amo. No me costó adaptarme al rock pesado que hacían ellos. Soy un tipo versátil. Tocamos en tristes estadios de barrios y hasta en la medialuna de un pueblo traspasado por el olor de estiércol. Tocamos entre los mugidos de las vacas. Fueron a escucharnos esos tipos que se quedaron a medio camino entre el huaso y el hombre de ciudad; llevaban chupallas, chaquetitas cortas, montaban en bicicletas coreanas y se ponían bluyines americanos comprados en tiendas de ropa usada. No sé si entendían algo de música rock o si con los tragos que se habían tomado nos confundieron con mariachis de vanguardia que afinaban los instrumentos para mandarse una serenata de rancheras.

Recorrimos poblaciones violentas. Ahí era donde el Mordro estaba en su salsa. Dimos un recital en un escenario iluminado sólo con neumáticos encendidos. El Mordro podía escupir a sus anchas y patear y gritar maldiciones e incoherencias escatológicas para terminar tocando la batería a cadenas.

Cuando llegó la temporada de verano partimos a dar una vuelta por los balnearios, a tocar para toda esa gente que se aletarga con el sol cuando hay sol y cuando no se dedica a apestar por el mal tiempo; gente que estaba a la espera de cualquier acontecimiento que matizara la monotonía de ese veraneo, que empezaba a parecerles

peligrosamente idéntico al del año pasado y al del antepasado y al de todos los años anteriores.

El Mordro sabía elegir los escenarios. Tocamos sobre las ruinas de una enorme piscina municipal que quedó abandonada al partirse en dos con un terremoto. Estaba llena de fuentes ornamentales de las que aún goteaba el agua inservible que al escurrirse hacia el fondo iba a alimentar los gruesos juncos que se abrían camino entre las grietas. Armamos una coreografía demencial, en la que participaban tres maniqués despampanantes, vestidos con tangas, a los que dejábamos caer desde el trampolín suspendido sobre el agujero de concreto.

Ocupamos también, como escenario, un trozo de puente cortado por sus dos extremos, que quedó como un islote en medio de la desembocadura del río Maipo. El Mordro negoció con los pescadores que le arrendaron sus botes, y esas fueron las localidades que ocuparon los asistentes al espectáculo que se llamó Concierto Veneciano.

Una noche de luna llena dimos un recital sobre las dunas. El Mordro, sobremaquillado, imitaba los gestos que hacía un antiquísimo actor del cine mudo, Rodolfo Valentino, en la película *El hijo del sheik*. Otro día, en que se dejó caer la lluvia, tocamos en una de esas estaciones de tren abandonadas.

No nos faltaba nada, ni comida ni trago ni fiestas ni mujeres. Al contrario, sobraba de todo eso y creo que si no seguí con el grupo fue más bien por el exceso grosero con que se nos daban las cosas. El hartazgo terminó por producirme náuseas, no quería más, estaba a punto de reventar cuando volví a mi casa y sentí otra vez la tranquilidad que le infundía al barrio ese contagio vegetal que emanaba del bosque. Ahí estaban, en el vasto jardín comunitario, en que los dengues se confundían con los tomates, los vecinos de siempre, jugando a las cartas, las

damas o el dominó, cebando mate, compartiendo el vino, recobrando la sensación de encontrarse en las profundas quintas de los pueblos agrarios desde los que vinieron a la ciudad.

Desde mi dormitorio contemplé el sol rojizo que al ponerse recortaba las siluetas de los árboles. Me di cuenta de lo bien que hacía el bosque. Ese límite verde abría la imaginación hacia una reserva de misterios que daba más interés al acto de vivir.

Guardé el bajo dentro del closet y decidí dedicarme a estudiar algo. No sabía bien qué cosa, sólo quería un oficio que me permitiera escribir. Pensé en periodismo, pero me di cuenta de que la actualidad no me interesaba para nada, así es que me matriculé en un instituto para seguir redacción publicitaria.

¿Sospechan de Pete? ¿Piensan que por el asunto de la Pupi, por celos, él pudo haber organizado un secuestro? No. El era un excelente tipo, sólo que el billete lo corrompió.

No me explico la transformación del gordo. Tal vez también lo afectó la partida de Gabo. Cuando se fue, todos quedamos perdidos, flotando en la nada como si nos hubieran quitado el piso, el cielo y la cordillera y ya no tuviéramos apoyo, horizonte ni punto de orientación. Por eso nos aferramos a lo que teníamos más a mano: yo a la música rock; Daniel a un hippismo poético, desesperado, solitario, mientras que el gordo, bueno, el gordo que siempre fue inseguro, se apuntaló en la certeza contante y sonante del billete.

Es cierto que su familia tenía plata, pero era gente modesta. Tanto así que al principio a Daniel y a mí nos tenían prohibido ir a la casa de Pete. Mi mamá decía que su patio era un basural al que llegaba la peor gente; que me exponía a contraer piojos, a aprender malas palabras y peores costumbres y hasta ser víctima de cogoteos o ultrajes innombrables.

El problema era que a mí, como a todos los chiquillos del barrio, la casa aquella, con su patio atiborrado de botellas, metales, desechos de plástico y atados de papeles y

cartones, me atraía tanto como el bosque. El caserón era una de las pocas construcciones viejas que iban quedando entre la sucesión de bloques regulares e idénticos los unos con los otros. El zapatero que arrendaba una de las piezas que daban directo a la vereda, decía que en el entretecho había murciélagos, bajo el piso entierros de platería y de cadáveres que estaban allí desde los tiempos en que los alrededores eran chacras y sandiales; que las higueras arrugadas y las parras leñosas, cuyos troncos terminaron apuntalando a los podridos postes del parrón, fueron plantadas por el legendario patrón de ese fundo que se perdía hacia el oriente, dilatándose por quebradas y cerros hasta la Argentina.

Don Volpi, el papá del gordo, era en ese tiempo un señor calvo, cegatón, bigotudo y musculoso, que nos recordaba al ayudante de Mandrake el Mago. Tenía unos antebrazos formidables y unas manos peludas y gruesas como arañas pollito, capaces de sopesar toda clase de objetos, de adivinar al tacto la ley y el valor de sus materiales y hasta de manejar el chongo de lápiz mitad azul y mitad rojo que siempre llevaba en la oreja. Sacaba cuentas en un block de bolsillo, atrapando los números que se le escapaban de la vista, con ayuda de los anteojos trizados que parecían a punto de caérsele del puente de la nariz. Recibía a los recolectores que le traían fierros y otros desperdicios en triciclos y carretones de mano. Pesaba los fardos de papel, los cartones, los cobres y los bronces en una romana oscura; después se llevaba la mano al bolsillo del pantalón y sacaba el turro de billetes que contaba humedeciendo su dedo índice en la lengua, para pagar a sus desastrados proveedores.

La mamá del gordo era una señora también gordita, morena, lustrosa, con olor a albahaca, orégano y tomillo. Se lo pasaba corriendo desde el patio, donde rallaba cho-



culos para las humitas, hasta la cocina, donde tenía hirviendo la cazuela y friéndose las empanadas.

Debajo del parrón autosustentado, ella ponía la mesa para servir almuerzos de tres y cuatro platos. En la familia no se hablaba más que de comidas. Los temas de discusión solían ser si el pastel de choclos había quedado mejor o peor que la vez anterior; ventajas de las empanadas de horno sobre las fritas; si era preferible hacer los porotos con mazamorra o con zapallo, y conveniencia de ir al terminal y comprar el congrio por caja.

A Daniel, a mí y después también a Gabo nos encantaba sentarnos a esa mesa generosa de la que estaban proscritos las sopas en polvo, los purés acrílicos y los jureles de tarro. Nos gustaba también recorrer las pilas de desperdicios, donde era posible encontrar tesoros insospechados: gárgolas metálicas, estufas de bronce llenas de tubos y medidores, hieleras parecidas a submarinos. Ahí podíamos jugar, construir naves espaciales, ensuciarnos, destapar lavadoras y tocadiscos muertos, descubriendo el secreto de sus tripales embobinados.

Sí, la casa del gordo era tan fascinante como el bosque. Pero como mi mamá y sus vecinas le habían puesto la etiqueta de basurero, y rogaban para que fuera demolida de una vez y en su lugar crecieran otras hileras de bloques uniformes, nos tenían prohibido "juntarnos con esa gentuza". Al saber que don Volpi ganaba más que todos sus maridos juntos, aumentó su intransigencia. "El dinero no otorga decencia", comentaban con su herida dignidad de clase media pobretona.

Las cosas cambiaron cuando don Volpi compró la máquina. Un día dejó de hablar de comidas y se dedicó a describir, con lujo de detalles, la portentosa máquina que había visto en la FISA, donde hasta le hicieron una demostración. Volvió con un cerro de folletos relucientes,

con fotos y planos que describían la máquina y cada una de sus partes y proezas. Varias veces anunció que la llegada de la máquina era inminente, que su crédito estaba a punto de aprobarse en la sucursal Matadero del Banco del Estado, que el barco que traía el artefacto ya había zarpado desde un remoto puerto oriental, que había llegado sorpresivamente a Valparaíso cuando se lo esperaba en San Antonio, y había uno que otro problemita de aduana. Pero la aparición del aparato seguía demorando. Terminamos por convencernos de que eran sueños. Nos parecía imposible que una máquina tan bruñida y rutilante pudiera ubicarse allí, entre las montañas de trastos herrumbrosos que llenaban el patio y los galpones.

Pero un día llegó, y de veras brillaba, y en sus metales espejeantes se miraban todos esos tristes desechos agotados por el tiempo y el uso.

Los electricistas estuvieron dos o tres días reforzando cables y fusibles. Un memorable viernes por la mañana la máquina empezó a funcionar. Se tragaba todo lo que fuera de plástico: envases reventados, bolsas hechas jirones, pelotas aportilladas, restos de muñecas, y lo reducía a pelotitas minúsculas como boñigas de oveja.

Don Volpi embalaba esa granizada interminable, para despacharla en camiones que quizás dónde iban a entregarla. El llamaba "la producción" a cada una de las cargas que salían por el portón. Se compró un cuaderno más grande, de tapas duras, para anotar las distintas producciones: la del día, de la semana y del mes.

Al poco tiempo los vendedores pulcramente encorbatados vinieron a ofrecerle otros equipos que podían acoplarse al cuerpo principal de la máquina. Don Volpi los compró casi todos. Nos maravillamos tanto como él cuando "la producción", en vez de irse en camiones, se deslizaba a toda velocidad por caminos metálicos, hacia cen-

trífugas y tuberías, para salir transformada en mangueras, tapas de rosca o bidones plásticos.

Entonces cambió radicalmente la consideración hacia la familia del gordo en el barrio. De "basurero" pasó a convertirse en industrial, en "un señor tan empeñoso", que empezó desde abajo. Creo que fue en ese momento cuando el gordo empezó a creerse. Fue un proceso paulatino, casi imperceptible. Se tomó en serio eso de que era de una familia de industriales. Si hubiera seguido siendo el hijo de un recuperador de basuras a lo mejor no se le habrían ido los humos a la cabeza. El hecho es que se le subieron, y tanto, que cuando fue mayor juzgó que la industria que le había dado prosperidad a su padre no era para él. La liquidó y se puso con algo de buen tono, con una agencia de publicidad.

Pero se portó bien conmigo. Me ofreció pega cuando nadie daba un peso por mí. Entonces yo venía saliendo de una época de distorsión total.

### XIII

Perdón. Me entusiasmé con los recuerdos. Es que esa época..., bueno, para mí es importante. Volvamos a la historia. Gabo había regresado y ahí estábamos otra vez en su casa, en medio del bosque.

—¡Amigazo! —me dijo estirando la mano por encima de la mesa para palmotearme el hombro—. No sabes el gusto que me da que estemos otra vez juntos. Lástima que Pete ande en otra..., yo esperaba encontrarme con los tres...; ¿qué hay de Dani?

—Ahí está..., es mi compañero de galeras. Remamos juntos bajo el látigo de Pete.

—¿También trabaja en esa abominable agencia publicitaria?

—Sí, por suerte..., suerte para mí quiero decir. Entre nosotros tenemos buena onda. Nos reímos de Pete y de la esclavitud del trabajo. Tenemos un juego: yo soy Cervantes y él es Leonardo. El siempre quiso ser pintor, pero terminó ahí como dibujante y fotógrafo publicitario. El asunto es que imaginamos que Cervantes y Leonardo, por un accidente en el continuo espacio tiempo, han venido a caer a esta época, y obligados a buscar pega fueron a dar a la agencia del gordo,

y ahí los tiene Pete para el barrido y el fregado. En sus ratos libres Cervantes escribe y Leonardo hace bocetos de La Mona Lisa. De pronto aparece Pete urgido porque le rechazaron la campaña que presentó a Lechera Austral. Arranca la carilla que Cervantes tiene entre las manos. “¿Qué es esto?”, pregunta furioso: “En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo vivía un caballero de los de lanza en astillero, rocín flaco, adarga antigua y galgo corredor”. “¡Les pago para que escriban estas porquerías!”, estalla mientras arruga la página y la tira al basurero. Enseguida va donde Leonardo. “¿Y esta mujer anticuada con esa sonrisa estúpida?”, pregunta mirando el croquis de La Gioconda. “¡Déjense de perder el tiempo en leseras!”, vuelve a estallar. “Necesito que me hagan el texto y la gráfica de un aviso para el sorteo La Vaca Regalona, que regala vacas de peluche a los que manden tres envases del nuevo queso laminado *Finestcheese* a Casilla 10011...”

Con Gabo compartimos una fuente de quesos y de fiambres —no quesos laminados, sintéticos, sino de los auténticos— y de cerveza que él sacaba de un barril que tenía desde tiempos inmemoriales en la cocina. La casa estaba aún a medio desembalar. Había maletas y cajas cerradas por todos lados. La mayor parte de los muebles permanecían enfundados y las telarañas colgaban de las barras para poner cortinas.

—¡Salud, Cervantes! —me dijo Gabo llenándome el vaso—. Vente mañana y tráete a Daniel.

—Imposible, mañana es día de trabajo.

—¿Y en la noche?

—Nunca se sabe a qué horas terminamos de trabajar. Ahora estamos con una campaña encima. A veces los días

de trabajo son también noches de trabajo. ¿Por qué no vamos a buscarlo ahora?

—Es que estoy invitado a un cumpleaños...

—¿El de la Pupi?

—Sí..., podrías acompañarme...

—Si supieras el toque de esas fiestecitas...

—Sea como sea tenemos que juntarnos los tres. El ideal hubiera sido contar también con Pete...

—Ni sueñes.

—Bueno, pero tú, Daniel y yo vamos a reflatar nuestra amistad. Entre otras cosas quiero que me disculpen por haber sido tan insoportablemente pedante.

—¿Cómo es eso?

—El otro día estuve acordándome de lo sentencioso que yo era cuando niño. Pasaba dictando cátedra sobre arquería, música, guitarra, sobre esto y lo otro. No sé cómo pudieron aguantarme.

—Es que sabías bastante..., nos enseñaste mucho, nos deslumbraste. Además éramos niños, Gabo, y a esa edad uno necesita certezas...

—Bueno..., ¿qué hay de la fiesta?

—Van a ir todos los amigos de la Pupi...

—¿Y...?

—Son una muestra de lo más reventado y *snob* que hay en Santiago.

—Pero ella... es interesante.

—Sí, es atractiva, tiene bonita cara y lindo cuerpo.

—Como persona, quiero decir.

—Como persona no es ni una cosa.

—Ni una cosa... —repitió Gabo, pensativo y después se rió—. No, algo tendrá que ser, nunca me engaño, el olfato no me falla, el oído tampoco. Le escuché ciertas palpitaciones secretas...

—Te digo que es nadie. Es una pobre y triste *snob*.

Agarra la onda que venga. Un día es *hippie*, por la tarde se ha vuelto *punk*, y al otro día amanece *new wave*. Siempre está encontrando la papa. Le ha hecho a la meditación trascendental, al espiritismo, al ikebana, el yoga, tai chi, sufismo, la gimnasia aeróbica, el tarot y cuanto cachureo existencial encuentra a mano. Ha sido bailarina, pintora, diseñadora de ropa, actriz, orfebre, por supuesto todo por encimita, picoteando un poco de esto y lo otro antes de aburrirse y cambiar de onda. Cuando vio *La Dolce Vita* fue a tirarse vestida, después de un carrete, en la pileta con juegos de agua que hay en la Costanera. Otra vez que vio *Algo parece caliente*, trató de que le pasara lo mismo que a la Marilyn Monroe y andaba poniéndose en las ventilaciones del Metro a ver si el viento le levantaba el vestido.

—¿Es la polola de Pete?

—Más parece la *sparring*. Pasan peleando. El gordo se ha puesto arribista, yo creo que por eso sigue con ella. No me explico cómo la soporta.

—Qué raro. Yo insisto en que tiene algo..., puede que lo tenga muy escondido, claro...

Conversamos de miles de cosas.

—¿Qué te habías hecho? —le pregunté de pronto, como si recién viniéramos encontrándonos.

—Anduve por ahí. Recorrí el Amazonas y las Galápagos.

—Yo seguí tu carrera por las informaciones de revistas que llegaban acá de vez en cuando. Lo último que decían es que habías colgado la guitarra. Que te despediste con un concierto pequeño y después nadie volvió a saber de ti.

—Hay que brillar un tiempo y después hundirse en la oscuridad y ahí reconcentrarse para preparar otra maña-

na. Hay que ser como el sol, que emerge y que se esconde, y mientras elabora el día, deja el paso libre a la noche. De otra manera te gastas, te terminas.

—¿Y por qué volviste?

—Tenía que volver.

—Podías haber avisado. Nunca creímos que fueras a regresar.

—Poca fe, hermano, poca fe. Oye, se nos hizo tarde. Vamos andando —dijo Gabo poniéndose de pie.

—Tengo que pasar a la casa a meterme un rato bajo la ducha y a cambiarme.

—¿Para qué? Vamos así no más. Acuérdate que somos los rockeros celestes. O mejor dicho los caballeros de la hermandad del Grial. La nobleza se traspira, hermano, si te duchas demasiado y te perfumas, vas a diluir y a botar tu chapa de señor. Los héroes podemos darnos el lujo de llegar con soltura a cualquier parte. No necesitamos *smoking* para resplandecer, tenemos aura propia. ¿O es que ya no crees en la caballería? ¿O piensas que no vamos a encontrar el Grial?

Cuando íbamos saliendo, Gabo se devolvió.

—Me estaba olvidando del regalo —dijo. Abrió un viejo arcón, hundió la mano dentro, y estuvo escarbando un buen rato, hasta sacarla empuñada. La abrió delante de mis ojos.

—¿Te gusta? —preguntó.

Vi una sortija de plata maravillosamente trabajada. Tenía dos caracoles entrelazados sobre los cuales aparecía el perfil de la media luna. Noté que él llevaba puesta otra casi idéntica, que en vez de luna culminaba en sol radiante.

—Linda —contesté—, demasiado fina para la Pupi. ¿Por qué no pasamos al supermercado y le compramos una de esas apestosas tarjetitas con crepúsculos playeros, siluetas de parejas, caballos al galope y todo eso?

—No tenemos tiempo. Hay que llegar antes de que se ponga a llover —contestó Gabo.

—¿Lluvia? Por favor, Gabo, ¿de dónde?

El cielo estaba encendido, mostraba un crepúsculo excesivamente anaranjado, lleno de arbores, como los de las tarjetas almibaradas que yo pretendía regalarle a la Pupi.

—La tarde está tibia, seca, luminosa, inmóvil —dije.

—Puede que la lluvia venga en camino —respondió Gabo.

—Pero si ni siquiera sopla una brisa.

—Es posible que el viento se haya puesto en marcha, así como nosotros vamos ahora caminando hacia allá. A lo mejor en la casa de la Pupi nos encontramos con el viento y la lluvia.

Avanzamos por el bosque hasta alcanzar el portón y salir a la calle.

—¿Dónde tienes el auto? —pregunté.

—¿Cuál auto?

—El tuyo.

Gabo me miró extrañado.

—Es como si me hubieras visto descabezado —dijo—, y me preguntaras: pero, por favor, ¿dónde dejaste tu cabeza?

—Perdona, pensé que una persona como tú...

—Debería tener un auto, ¿no?

—Eso mismo.

—Pues no lo tengo. Pero sí tengo piernas. Caminemos.

—Está lejos.

—A todas partes se llega caminando.

Me fijé en sus trancos regulares, largos. Cada uno de ellos parecía dejar atrás grandes porciones de vereda. Traté de imitarlo y pronto me sentí como si galopara sobre mis propios pasos.

—Tienes razón —dije—, caminando se llega a todas partes.

—Y si te cansas no camines, flota —me recomendó—; haz como si tus pies tuvieran alas. En lugar de pisar roza apenas la tierra y deja que ella te impulse hacia delante. Eso de tener los pies bien puestos en la tierra es ¡una soberana idiotez! ¡Hay que aprender a poner los pies en el cielo, hermano! Haz la prueba, encúmbrete, nadie te podrá parar, desplázate, pierde peso, vuela..., ayayay, perdona, otra vez estoy dictando cátedra.

Seguí sus consejos y al rato parecía caminar sobre las nubes. Me sentía liviano, puro. Seguí botando lastre, librándome de nudos, rollos, preocupaciones inútiles, y subí y subí.

—¡Partimooooos! —gritó Gabo—. A lo mejor el viento está haciendo lo mismo.

Mi primer impulso fue salir arrancando, pero Gabo me empujó hacia el interior de la fiesta. La música que atronaba y hacía vibrar las ventanas de las mamparas me recordó los conciertos del Mordro. Nos abrimos paso por la terraza iluminada, entre apretados corrillos de hombres y mujeres que lucían sus chascas teñidas. El color predominante era el rojizo. Ropa negra, pelo colorín, casacas de cuero con mucho cierre y broche, al estilo James Dean, parecía el uniforme de las amistades de la Pupi.

De pronto ella emergió de un grupito de *punks* que a fuerza de pegamentos capilares habían parado prodigiosas pagodas sobre sus cabezas. Se le echó al cuello a Gabo, lo besuqueó, estuvo a punto de empujarlo a la piscina, y después lo arrastró de grupo en grupo para presentarlo.

—Este es mi príncipe —proclamaba ella. Gabo se dejaba llevar y sobajear y hasta elaboraba unas sonrisas mecánicas de saludo, pero parecía preocupado de otra cosa, de buscar con la mirada algo que estaba más allá de la gente excesivamente pintarrajeada que bailoteaba, fumaba y comía canapés, ramitas y papas fritas en conmemoración del cumpleaños de la Pupi.

Le hice un gesto a Gabo como para decirle que no estaba dispuesto a seguirlo como un remolcador, que

empezaba a aburrirme, que la cosa no daba para más. Las fiestas de la Pupi, aparentemente tan multicolores, son de una monotonía espantosa. Convocan a la fauna de siempre, que al principio resulta pintoresca, pero al poco rato latea y al mucho rato apesta. Se veían las mismas caras de fiestecitas anteriores, con otros peinados y otros maquillajes. Estaba, por ejemplo, Titín, un director de teatro, viejo ya, obeso y afeminado, de esos que arman *performances* y acciones de arte para epatar a una burguesía que no se molesta en tomarlos en cuenta porque anda ocupada en ganar plata. Había cosmetólogas y maquilladores históricos, y actrices aficionadas, de esas que cada vez que un amante las bota —cosa que ocurre con bastante frecuencia— ponen en escena sus propios suicidios, tomándose unas pepas o cortándose las venas en la tina caliente, luego de llamar por teléfono a medio mundo para que vayan a presenciar el espectáculo, a compadecerlas y rescatarlas.

Circulaban por ahí videastas reventados, poetas y dramaturgos diletantes que hablan y hablan de la obra genial que empezarán a escribir mañana o pasado, y alumnos de institutos caros que enseñan comunicación audiovisual, periodismo y publicidad, y uno que otro director de televisión, productor o publicista, circunstancialmente interesados en atrapar a alguna alumna o alumno adolescentes. No faltaba el grupito de las profesionales, abogadas, doctoras, treintonas y cuarentonas, divorciadas, perdidas, ansiosas de oler sensaciones distintas.

En fin, aquella fiesta era el mismo caldo concentrado de decadencia, marihuana, histeria, trago, diletancia y frivolidad estéril que había encontrado otras veces en casa de la Pupi. Nada que valiera la pena.

—Vamos, Gabo —dije.

—Espera, aguanta...

—Si estai tan apurao ándate tú —dijo la insoportable Pupi.

—Espérate a que llueva —me susurró Gabo.

—Es que no va a llover... —apenas hice esa objeción nos alcanzó un chorro de agua seguido de un griterío divertido. Poco más allá unos bailarines provistos de amplios impermeables estilo Humphrey Bogart jugaban a tirar agua hacia el cielo con la manguera del jardín y cantaban y bailaban el tema de *Singing in the rain*.

Gabo alcanzó la manguera y la torció cortando el flujo del agua. Los chillidos y risitas se extinguieron y en su lugar empezaron a escucharse las protestas.

—Oye, tú, muñeco feo, ¿por qué nos haces esto? Si no te gusta el baile, toma tu paraguas y te vas, pero no vengai a cortarnos l'agua.

—Es que no es necesaria —explicó Gabo—. Va a llover de verdad.

—Uyyy, está loquito. Se cree el hombre del tiempo. ¿Quieres que te hagamos la danza de la lluvia, principote?

—No hace falta, lloverá con o sin danza.

—Sí, claro, seguro, pero en Punta Arenas...

Un golpe de viento traspasó a todos los que se habían mojado con el juego de la manguera. La noche tibia se fue poniendo amenazante. El cielo se había oscurecido y el viento, cada vez más persistente, empezó a llevarse sombreros estrafalarios, vasos desechables y los quitasoles del jardín. La superficie de la piscina quedó convertida en una ciénaga, llena de servilletas, papeles, botellas plásticas y colillas de pucho. Parecía la pileta de una de esas plazas abandonadas, que se convierten en resumideros.

—¡Ay, entremos a guarecernos! —lloriqueó Titín.

—¿Lluvia...?, pero si todavía estamos en verano. ¿O ya llegó el otoño? Ando tan perdida —dijo una bailarina con cara de lémur, mientras hacía equilibrio sobre sus

enormes tacos, tratando de seguir a la multitud que se dirigía a la casa.

—El principote trajo la lluvia —alegó Titín—. Muy pinche de la Pupi será pero lo encuentro, ay, no sé, atroz de cargante.

Un chaparrón violento cayó del cielo. Fue como si se hubiera abierto una ducha que luego de mojar a la concurrencia que se amontonaba en la terraza, se cortó intempestivamente. Enseguida vino el diluvio mismo que empapó las chaquetas de cuero, los impermeables arcaicos y todos esos atuendos semejantes a prendas de utilería, y dejó estilando las chascas encumbradas por el gel o la gomina, y aplanó las edificaciones capilares, destiñó las tinturas colorinas e hizo que los espesos maquillajes se escurrieran hasta dejar cada rostro convertido en una charca.

Se dispararon los *flashes* de varios relámpagos, un trueno resonó allá arriba. Las luces de acá abajo se extinguieron. El disco compacto murió en el equipo de sonido; quedamos completamente a oscuras, apretujándonos para entrar a la casa.

Cuando cesaron los chillidos se escuchó por un momento sólo el regular descenso de la lluvia y luego la voz de aquella maravillosa flauta traversa, que también parecía llegarnos desde el cielo. Caía como una corriente de agua limpia, saltando por la escaleras para llegar hasta nuestro penoso estancamiento y apozarse entre las respiraciones pesadas, los hálitos tabacosos, las risitas y comentarios en sordina, untados con la mayonesa de los *petites bouchées* y el aceite de las papas fritas.

Gabo se me acercó en la oscuridad. Había conseguido librarse de la Pupi.

—¡Vamos! —me animó—, ahora es cuando hay que encontrar la fuente de la música.

Avanzamos hacia el interior de la casa. Los ojos de Gabo parecían haberse acostumbrado a la oscuridad. Lo seguí a duras penas. Tropecé con algo parecido a un perro faldero que arrancó dando un aullido, lo que encendió a nuestro alrededor una andanada de recriminaciones: "torpes", "brutos".

—Si te pierdes, sigue avanzando hacia la música. Apura, podría extinguirse en cualquier momento —dijo Gabo y se adelantó saltando de tres en tres los peldaños de la escala alfombrada. Vi su bulto avanzar hasta el primer descanso para después perderse en un pasillo. Lo seguí como pude. La música se escuchaba cada vez más cristalina. Llegamos hasta una puerta entreabierta. Gabo esperó un momento y luego la empujó. De ahí manaba el manantial. La flauta estaba dentro, en esa habitación olorosa a lavándulas. De pronto se interrumpió el gorjeo. Fue como si el soplo que debía empujar las notas siguientes quedara suspendido en el aire.

"Debe ser Milena", pensé, sintiendo que la presencia de esa mujer siempre escondida podía respirarse en la oscuridad. El aire se iba haciendo más y más embriagador, saturado de aromas frutales. Debían ser esos perfumes que ella misma destilaba. Sí, sin duda era Milena, la hermana de la Pupi. Podía oír las palpitations de su corazón salvaje, los pulsos de su ansiedad, tal vez de su odio. "Esa es una cerruca", comentaba a menudo la Pupi. "Es una bestia, dice y hace lo que se le antoja, vive a su pinta, lejos de todo, es ermitaña, no tiene ninguna consideración con nadie. Lee el tarot, pa mí que es bruja."

El silencio seguía. Me dio miedo de que ella arremetiera contra mí. Quería irme y sin embargo me quedaba. Es que había algo embrujador en ese recinto oscuro que iba a desembocar al fondo en un ventanal guarnecido de helechos y enredaderas cuyas hojas se recortaban contra la

incierta luz de la luna que aparecía a ratos entre los jirones pasajeros de nubes negras.

—¿Quién es? —preguntó por fin una voz femenina, pura como la música que venía por los conductos de metal.

—Yo —dije tontamente— o sea nosotros.

—¡Magnífico! Eso me aclara todo.

—Somos visitas —dije tartamudeando. Me turbaba esa voz imperiosa que parecía llenar la oscuridad.

—Visitas de mi hermana, sus apestosos amiguitos. Hagan el favor de darse media vuelta y hasta luego.

—No somos amiguitos de nadie —terció Gabo—. Vinimos a dar aquí siguiendo ciertas pistas...; es difícil de explicar... estamos en una búsqueda desde hace muchos años.

—¿Y qué es lo que andas buscando? —preguntó la espléndida voz. Mis ojos alcanzaban a distinguir a una silueta erguida contra el cielo sobrecargado de nubarrones, que transcurría por la ventana.

—Tu música, tu voz, a ti misma. Tú eres la dama del lago.

—Y tú eres algo demente ¿o estás haciendo teatro para divertir a los invitados de la Pupi?

—Perdona, la Pupi vendría siendo...

—Mi hermana..., mi hermanita menor. No me dieron la posibilidad de elegirla...

—Escucha —pidió Gabo—. Conocí a la Pupi esta mañana. No es el tipo de persona que me gusta, pero me di cuenta de que tenía algo interesante; no, no, no, mucho más que eso, algo arrebatante, irresistible, algo que me empujó a saltar desde los árboles y a bailar con ella, y después a llegar hasta aquí, a su insoportable cumpleaños atestado de hombres que no son hombres, de travestismos y disfraces de sonámbulos y tristes máscaras que no



tienen por detrás el sustento de un rostro o una persona verdadera. "¿Qué hago aquí?", me preguntaba, "¿a qué vine?" Porque la Pupi me parecía más falsa, más vacía, más nadie que cuando la conocí a mediodía, y sin embargo yo continuaba sintiendo que ella tenía algo y me preguntaba ¿qué es? y por fin, cuando se apagaron las luces y se murieron todas esas apariencias y fachadas, por fin ahora vengo a saber qué es lo que tiene la Pupi: una hermana.

Exacto, era su hermana, era Milena, la misma de la que la Pupi decía, a quien quisiera escucharla: es una pobre artesana, acooplejé, amargá, pasa metía en sus tejíos, su flauta y sus huás y si te acercas te muerde.

Se hizo el silencio matizado por los ramalazos de viento que sacudieron los árboles haciendo caer el agua que había quedado pegada en sus follajes. Milena, que aún no alcanzaba a ser más que una silueta algo más densa que el resto de la oscuridad, contuvo la respiración para vaciarla en su flauta, de la que hizo salir las notas más admirables que he escuchado. Hablaban de bosques y seres juguetones que saltan entre las ramas o se esconden en cavernas y huecos de raíces. Ella le habló a él con esa melodía y él contestó con un murmullo tarareante. Ambos se acercaron y yo tuve la dolorosa certeza de quedar excluido de ese diálogo, de estar de sobra ahí. El silbó y ella respondió con la flauta y se dijeron cosas que no pueden decir nuestras pobres palabras, cosas que traducidas a nuestro idioma indigente serían algo así como: ¿Quién eres tú?

—Soy Gabo, príncipe del bosque.

—¿Cómo llegaste acá?

—Sé seguir senderos escondidos, trepar por la línea recta del tronco sin irme por las ramas, sé subir y avanzar y tomar los atajos para llegar a donde quiera sin perderme. Por eso llegué a ti. No te conozco ni sé cómo es tu

rostro. Déjame darte a ciegas este anillo nupcial.

Vi que ella extendía su mano en la oscuridad para que él le ensartara la sortija en el dedo anular. Ella palpó el anillo.

—¿Qué son? —preguntó—. ¡Qué horror, parecen serpientes!

Gabo se puso a reír.

—No, son caracoles —respondió—. ¿Has visto cómo se aman los caracoles? Se abrazan y entrelazan sus cuerpos lubricados, se recorren, se confunden e intercambian aceites nupciales. Los caracoles no tienen rostro. Se aman a ciegas. Así te ofrezco mi amor esta noche. Quiero tomarte por esposa sin conocer tus ojos, ni el arco de tu sonrisa ni la textura de tus labios.

Entonces regresó la luz y yo quedé absolutamente encandilado. Tenía ante mí a Milena, la hermana oculta. Brillaba con luz propia, su pelo cobrizo era una llamarada, su mirar tenía la amplitud envolvente de un lago y sus mareas. Entonces me di cuenta de por qué la Pupi le profesaba ese odio tan minucioso y fino como un bordado. Milena era de verdad. Se parecía bastante a la Pupi y al verlas juntas nadie hubiera dudado de que eran hermanas y hasta mellizas. Pero la Pupi era apenas una copia mal hecha, una parodia, un remedo de la espléndida Milena. ¿Cuál era el color del pelo de la Pupi? Daba lo mismo, ninguno, o ciertos teñidos irrelevantes que cambiaban de un día para otro. ¿Cómo era su mirada? Imposible saberlo. Sus ojos no eran ojos sino lentes de contacto guarnecidos por pestañas postizas y cejas depiladas. La Pupi era de mentira. Milena era de verdad.

Yo continuaba enceguecido, no por las lámparas dispuestas de manera de arrojar sus luces en forma indirecta, sino por el colorido de todo lo que había allí: tapices con pájaros de plumajes majestuosos, anclados en bastidores. Algunas de esas aves tenían las alas desplegadas y

las colas hechas con plumas verdaderas. En los sofás, cubiertos con fundas laboriosamente trabajadas en el telar, cuya estructura se veía en otro nivel de la habitación, descansaban unas muñecas vestidas con atuendos de machis araucanas, y por aquí y allá maniqués con rostros de loza, con faldas y chalecos superpuestos, con chamantos multicolores y sombreros emplumados. Un *poster* de Frida Khalo llenaba casi completamente un muro, y papagayos y monos y tucanes de lana colgaban de las lianas de cáñamo que caían del cielo raso.

Hermosa como sus propios maniqués, Milena me iba pareciendo cada vez más verdadera. Recordé que alguien dijo que sus tapices se cotizaban bien en todas partes, que una vez los expuso y provocaron revuelo. Sin duda ella movía una porción de la realidad y el mundo no sería el mismo si desapareciera Milena.

La Pupi, en cambio, era menos que cero. Una travestista de modas incoherentes, dispuesta a tragar, sorber o jalar lo que le impresionara en el momento. Era pura cáscara, igual que esas muñecas rusas que para disimular su absoluto hueco interior llevan dentro a otra muñeca. Hagan la prueba, abran a la Pupi y les aseguro que lo único que encontrarán serán otras Pupis, tan vacías como la original. Y sin embargo había algo patético en ese no ser nada, en ese aferrarse a lo que viniera para luego desecharlo, en cambiar el *look*, el color y el corte de pelo, en variar de pololos y apetencias. Ese descarte ansioso de identidades, de fachadas, de más caras, era un recurso desesperado. Había una pequeña muerte en cada transformación, una Pupi no-nata que expiraba antes de haber nacido. "¿Qué irá a ser de ella, dentro de veinte o treinta años?", me pregunté. Entonces va a estar gastada de tanto probarse Pupis que no le quedan bien, ya no va a ser hermosa y por su rostro ajado o liso a fuerza de estiramientos resbalarán las máscaras.

Entretanto Gabo seguía contemplando a Milena y Milena a Gabo. Se examinaban como si cada cual hubiera descubierto en el otro un nuevo continente y exploraran desde el aire los perfiles y relieves infinitos que encontrarían al acercarse. Por fin Gabo se ancló en ella. Le puso las manos en los hombros mientras Milena lo envolvía con su mirada lacustre, que reflejaba los tonos trigueños y rojizos de su pelo espeso. Gabo la abrazó y ellos dos fueron como caracoles fundiéndose en un beso inevitable. En eso irrumpió la Pupi. La furia la hacía vibrar como un dínamo sobrecargado de energía.

—¡Perra! —gritó—. ¡Prostituta!

Pobre Pupi. Ahí quedó en evidencia su triste condición de sombra sin contornos claros. Pero entonces, milagrosamente, empezó a cuajar desde el núcleo mismo de su odio. La vi estructurarse, nacer, cobrar la vida propia que nunca antes tuvo. Ahora era una Pupi de verdad, peor aún, era un arma cargada, una bomba de tiempo que cuenta impaciente los minutos que le quedan para estallar. Me di cuenta de que se había vuelto peligrosa, que estaba dispuesta a todo, que dejaba de ser amorfa y hueca, y la furia, al llenarla, le daba por fin la forma, el fundamento y que esa nueva Pupi, terrible como una diosa ofendida, tendría que manifestarse en un acto de venganza atroz.

—Gabo, la fiesta está allá abajo, ¿quién te dijo que podías entrar a cualquiera parte de la casa? —preguntó la Pupi. Después se dirigió despectivamente a Milena—: Y tú, enciértrate en tu cueva y no vuelvas a asomarte. No quiero pasar vergüenzas, así es que no te metas con mis invitados.

Como ninguno de los dos dio muestras de oírla y siguieron en lo suyo, la Pupi empezó a echarle carbón a su propia histeria. Se dirigió a mí señalando acusadoramente a su hermana.

—¿Qué se habrá creído ésta! Se siente con derecho a hacer lo que se le antoja. Me invade mi fiesta, se apropia de la gente que yo invito. ¡Siempre se las arregla para echármelo todo a perder, la bruja!

Su berrinche atrajo a los invitados que empezaban a aburrirse allá abajo. Subieron, al principio con cautela exploratoria, y luego, en cuanto se corrió la voz de que había una discusión que prometía escándalo, se precipitaron en tropel y se amontonaron en la puerta para no perderse la escena.

La madre se abrió paso entre los espectadores. Yo apenas la había visto un par de veces, de pasada, pero daba lo mismo, estaba irreconocible para cualquiera. Traía

puesta en la cara una máscara de belleza. Estaba untada con una mezcla de miel y de yogur, sobre la que había pegado unas rodajas de pepino, y para peor llevaba el pelo amarrado con un pañuelo hindú sobrecargado de lentejuelas y elefantes.

—Ay, lindas, ya están peleando —les dijo.

—¿Quién?, ¿yo?..., yo no estaba peleando..., todo lo contrario, estaba..., bueno, estaba en algo que es precisamente lo contrario de pelear —contestó Milena.

—¡Cínica! —explotó la Pupi—. ¡Mírala, pues, mamá, se hace la mosca muerta, se hace la santa!... y es una infame. Es como las malas de las teleseries. Me persigue, es una plaga —dijo y se puso a lloriquear.

En eso llegó Pete.

—¿Qué es lo que está pasando aquí? —me preguntó como exigiéndome, patronalmente, un informe detallado de la situación.

—No estamos en la oficina —le recordé.

Entretanto la mamá había abrazado a la Pupi y la consolaba, manchándola de paso con todas las porquerías que llevaba puestas en la cara.

—Ya, ya, no llore mi preciosura. A ver, cuéntenle a la mamita qué fue lo que pasó...

—¡Me levantó a mí príncipe! —acusó la Pupi desahuciándose en un llanto abundante, acuoso.

—Pero, Milenita, eso no se hace —recriminó la mamá—, por lo menos no a su hermana. Hágaselo a sus amigas, para eso están las amigas, ¿no?, pero no a la Pupita. Feo, feo. Ya, devuélvale a su Pete.

—¡No tengo nada que ver con Pete! —alegó Milena—. No tendría estómago para...

Entonces ella se dio cuenta de que la observaba aquella multitud que a fuerza de empujarse empezaba a desbordar el marco de la puerta. Empuñó la flauta como si

fuera una poderosa varita mágica y la apuntó hacia la gente.

—¡Fuera! —dijo con voz imperiosa, y como por arte de encanto la muchedumbre enmarcada se desgranó, las cabezas se dieron media vuelta y se dispersaron por el pasillo y las escaleras. Uno que otro permaneció en los costados del umbral para escuchar lo que ocurría dentro y contar en sordina los sucesos que seguían propagándose hacia la concurrencia ahora dispersa.

—Ya, gordito —dijo la mamá tomando por el brazo a Pete—. Venga a hacer las paces con su Pupi... y no haga cosas feas pues..., ¿cómo es eso de andar engañándola con su propia hermana?

—No es éste —gritó la Pupi crispándose.

—¿Cómo? ¿No era éste tu...?

—Era... ya no es.

—Que yo sepa no hemos terminado, aunque por tu conducta infantil mereces que te patee ahora mismo —bufó el gordo.

—Ay, ya empezó con sus celos y sus cosas. ¿Viste, mamá? Se pone insoportable—se quejó la Pupi.

—Pero entonces, ¿quieres explicarme a quién te levantó la Milenita? ¿A éste? —preguntó la mamá indicándome con el dedo. Fue como si me apuntara con una pistola. Traté de salirme de la línea de fuego marcada por su larguísima uña esmaltada, roja. Empecé a dar excusas como si fuera sospechoso de un delito mayor. No sabía cómo explicar mi presencia en esa habitación.

—No..., fijese que yo vine para acompañar a un amigo..., en realidad ya me iba —tartamudeé.

—No se ponga nervioso, joven. Se siente culpable, ¿no? ¡Claro que se siente culpable! Usted armó este tremendo enredo. Usted le echó a perder la fiesta a la Pupita.

—Le digo que no, señora.

—Supongo que yo soy el culpable —dijo Gabo.

—¡Ah!, así es que usted es el joven de la Pupi, que vino a hacerle proposiciones a Milena y...

—No, yo no soy ni he sido nunca el joven al que usted anda persiguiendo.

—No entiendo nada —protestó la mamá dejando caer los brazos, al mismo tiempo que los pepinos empezaban a desprenderse de la cara—. ¿Alguien podría explicarme quién es el maldito fulano por el que se pusieron a pelear estas chiquillas?

—El —dijo la Pupi indicando a Gabo.

—¿Cierto? —le preguntó Milena, altiva, conteniendo la rabia.

—¡Dije que no! —afirmó Gabo de manera tan rotunda que nos hizo quedarnos callados por un rato. Por fin la Pupi se atrevió a sacar un hilo de voz.

—No, cierto que no es mi príncipe, pero podría haberlo sido..., o sea que yo estaba a punto de..., sí, sí, me lo iba a conquistar, yo nunca fallo en estas cosas..., era cuestión de un ratito más, cuando se metió esta ...

Otra vez se establecieron invisibles amarras entre los concurrentes, y se fueron poniendo más y más tensas. Por suerte yo quedé fuera de esa red, pero la mamá pareció darse cuenta de eso y para aflojar la tensión no encontró nada mejor que apuntarme con su barbilla embadurnada.

—Y usted, joven, ¿quiere hacer el favor de decirme dónde está su novia?

—No uso..., no tengo..., trabajo de sol a sol..., no me queda tiempo para... —otra vez caí en el juego de sentirme culpable y empecé a deshacerme en explicaciones inútiles.

—¿Y entonces qué monos pinta aquí?

—La verdad es que ninguno..., mejor me voy —contesté.

—Espera —dijo Gabo—, esto va a resolverse ahora mismo. Señora...

—Maricarmen para servirlo...

—Señora Maricarmen...

—No sea latero, llámeme Pelusa.

—Bueno, señora Pelusa...

—Ay, no me señoree tanto, si no soy tan vieja... Pelusa no más.

—De acuerdo, Pelusa, tengo que aclararle que con su hija Pupi, fuera de grabar un comercial esta mañana, no he tenido ningún otro tipo de relación.

—Entonces usted es el amigo de Milena.

—No.

—Ayayai, qué enredo más atroz...

—Con su hija Milena hay algo mucho más definitivo y más profundo que una amistad —dijo Gabo mostrando el anillo de los caracoles entrelazados.

A la mamá la máscara de belleza se le transformó en un signo de interrogación. Milena fue en su ayuda.

—Parece que estoy comprometida... a algo bastante serio, mamá —dijo mostrando su propio anillo.

—¿Es cier... cierto? —tartamudeó la señora.

—Están tonteando —dijo la Pupi apretando los puños—. A ésta le encantan esas bromas estúpidas. Son mentiras, quieren tomarnos el pelo.

—Sí, nos vamos a casar —afirmó Gabo.

—¿Cuándo piensan...?

—No sé, podría ser mañana o pasado —contestó Gabo.

—Pero, angelitos malos de la cabeza, ¿por qué no avisaron antes?

—Porque recién nos venimos conociendo —dijo Milena.

—Pero ¿y la torta, la fiesta, los partes, las invitaciones, las fotografías, el video...? ¿No se dan cuenta de todo lo que hay que hacer de aquí a mañana?

—Ay, mamá, para qué complicar tanto las cosas. Yo no pienso hacer nada. Un matrimonio es entre dos. Si alguien más quiere acompañarnos, bienvenido, pero sin tortas ni regalos ni nada.

—¡Eso no es matrimonio! —gritó la Pupi fuera de sí.

—Tú no te metas.

—¡Es que van a dejar en ridículo a la familia!

—Con esos gritos, la única que se pone en ridículo eres tú.

—Te veo mañana, Milena — le dijo Gabo y se despidió caballerosamente, besándole la mano.

Salimos. Dentro de la habitación la Pupi chillaba, la mamá lloraba y Pete atronaba como un volcán en erupción.

Al día siguiente, la agencia, que normalmente era un hervidero de tensiones y malas vibras, estuvo apacible. Dani puso en el equipo la sinfonía Pastoral de Beethoven y todos nos entendimos con buenas palabras y sonrisas. El secreto de la paz estaba en que el gordo no había llegado. Las cosas marchaban bien, como si hubieran aceitado los engranajes del trabajo, que otros días chirriaban y se movían a empujones.

De la productora nos llegó la prueba semieditada del comercial. Aun cuando faltaban detalles fundamentales, como la musicalización, la muestra daba una idea de lo bueno que podía ser el *spot* terminado. De todos modos necesitaba la aprobación del cliente, así es que lo despaché inmediatamente a la Lechera, desde donde ya nos había llamado un par de veces Mike Baez.

A mediodía se acabó la paz. Pete apareció con una horrible cara trasnochada. Alcanzaba a notársele el hachazo de la resaca que parecía partirle la cabeza. Traía un humor de perros. Sin saludar a nadie pasó a encerrarse en su oficina, dándole duro a la inocente puerta. Desde allá dentro empezó a ladrar, cargando rápidamente la atmósfera con ondas malditas.

—¡Apaguen esa música que me está matando! —exi-

gió. Enseguida pidió que le llevaran agua tónica; como no había se puso a aullar contra la secretaria y el junior, y de paso contra la correspondencia atrasada, las facturas pendientes, contra esto, lo otro y lo de más allá. Después me tocó el turno.

—¿Qué hay de la grabación? —preguntó desde su sillón giratorio. Se había puesto unos anteojos oscuros para encubrir los estragos de sus ojos.

—Se recibió tipo diez y media. La despaché a la Lechera —dije golpeando los tacos y mirando al frente para sacarle pica.

—¡Pero quién creen que soy! —explotó—. Llegan y mandan el comercial sin que yo lo vea, sin que le dé mi visto bueno.

—Baez llamaba y llamaba —dije—. Y aquí nadie sabía a qué hora ibas a aparecer.

—Yo sé a la hora que llego, porque aquí soy yo el que manda. ¿me entendís? Ese comercial no puede salir al aire, no puede mostrarse, porque si sale me va a desprestigiar a mí, a la agencia y nos vamos a ir todos a la cresta.

—Yo lo vi. No hay por qué preocuparse. El *spot* está de miedo.

—¿Y qué sabes tú? ¿Quién eres tú? El amigo de Gabo, ¿no es cierto? Pero eso es lo mismo que nada. Gabo no es nadie, ni siquiera es modelo profesional... y como músico pasó de moda para siempre, ya nadie lo cotiza ni da un veinte por él, pero se hizo pasar por actor y se nos metió a la mala en la grabación, porque para eso sí que sirve: para meterse donde no lo llaman.

Ahí estaba la madre del cordero. Los celos y el despecho estaban revolviendo el pobre corazón de Pete. Sonreí y eso lo puso más furioso.

—¡Llama inmediatamente a la Lechera! Dile a Baez que nos devuelva el video. Explícale que se lo mandaste

por error y aclara que fue una metida de pata tuya, única y exclusivamente tuya, ¿okey?

—Dejémonos de macanas, gordo —le dije—. El *spot* está excelente. Lo que pasa es que después de lo de anoche, después del escándalo aquel en que todo el mundo se enteró que la Pupi anda detrás de Gabo, no quieres que aparezcan ellos dos bailando en un comercial. Te da pánico que los vea medio mundo y tú quedas como un pobre y triste cornudo. Pero no tiene por qué ser así, Pete. Déjame que te hable como amigo, aunque hace tiempo que dejamos de serlo. Yo que tú me sentaría en la diferencia y aprovecharía la oportunidad para librarme de la Pupi. Te ha hecho cosas peores antes, Pete. Tu asunto con ella no tiene futuro. Gabo es su capricho más reciente, pero no es el primero ni va a ser el último. Búscate una niña menos taquillera, menos vistosa pero más sana.

A pesar del tono conciliador con que le hablaba, el gordo había empezado a ponerse colorado. Era evidente que no soportaba la sinceridad. Sus mecanismos interiores se calentaban, se encendían los motores para la fisión nuclear que por fin estalló.

—¡Cállate, mierda! ¡Cállate y mándate cambiar ahora mismo! Estás despedido, ¿me entendiste?, d-e-s-p-e-d-i-d-o —deletreó temblando de rabia. Se levantó trémulo. No sabía qué hacer con las manos. Parecía buscar algo con qué pegarse. Tomó una raqueta de tenis llena de polvo que tenía prendida en la muralla junto con unos banderines y la agitó en el aire como si fuera un mata-moscas. Alcancé a asustarme al comprobar que había desencadenado una fuerza difícil de controlar. Necesitaba hacer algo, aferrarme a una acción para mostrar dominio de mí mismo y apaciguar al gordo. Por suerte sonó el teléfono y eso me dio ocasión de ejecutar el acto casi teatral que requería. Descolgué fingiendo serenidad absoluta.

—Harmonías Publicidad, buenas tardes —canté por el fono.

Era don Walter. Estaba lo que se llama eufórico.

—¡Los felicito! —dijo—. El comercial es una maravilla, una verdadera maravilla —recalcó—. ¿Cómo se las arreglaron para conseguir a Gabo Arce? Es el tipo perfecto para el papel de príncipe..., todo el mundo se acuerda de su estilo de trovador medieval cuando dirigía a..., ¿cómo se llamaba ese grupo?..., Rockeros celestiales...

—Celestes —corregí.

—¡Eso! Rockeros Celestes. Lástima que se hayan disuelto. Eran como una opción positiva en medio de tanto *trash*... bueno, el *spot*, un siete, no, no, mejor un seis coma cinco no más, hay un detalle que no nos gusta: la princesa. Perdóneme, pero la chica que pusieron no tiene nada de princesa. La encuentro un poquitín vulgar, no le viene a Gabo, para nada. Y el comercial es tan bueno que yo les pediría que lo grabaran de nuevo con una actriz o una modelo que esté a la altura de Gabo. Me imagino que conocerán alguna...

—¡Claro que sí! —dije entusiasmado. Después de todo seguía sintiendo ese comercial como creación mía—. Milena Díaz. Ella es una perfecta princesa.

—¡Magnífico! —aprobó—, mire, para nadie es un misterio que estamos atrasados. Pero yo puedo postergar el lanzamiento de la campaña con tal de que se grabe de nuevo el comercial. ¿Qué le parece si nos reunimos para replantear el *timing*?

—¿Por qué no lo conversa con el jefe? Lo tengo aquí a mi lado —dije y le estiré el fono a Pete.

Los dejé hablando. Me di media vuelta y salí. Fui derecho a abrir los cajones de mi escritorio, a sacar mis libros, mis cosas y a ponerlas en una bolsa de plástico que me consiguió la Verito. Ella me miraba con consternación.

—No puede ser —decía haciendo pucheros—. Pero si llevas siete años trabajando aquí.

—Es más que suficiente. Es mucho más de lo que puede aguantar una persona normal. Oye, déjate de poner esas caras. Cualquiera diría que estás por soltar el llanto...

Y lo soltó. Parece que la pobre hacía tiempo esperaba una oportunidad para desahogarse, así es que abrió las compuertas de sus lagrimales y dejó fluir la inundación que le lavó la cara. Me sentí algo incómodo. Fui a abrazarla, a darle palmaditas en la espalda para que se tranquilizara. Le hablé como un papá que consuela a su hija.

—Ya, ya, ya, si no me voy a la guerra. El mundo es mucho más amplio que esta oficina apestosa. Ya empezaba a secarme aquí. Es tiempo de florecer y llenarse de renuevos...

En eso entró Daniel.

—¿Están ensayando para una teleserie? —preguntó.

—¡Lo echaron! —anunció Vero entre sus hipos post-llanto—. Ese gordo cerdo lo acaba de despedir.

—¡Felicitaciones! —dijo Daniel lúgubrementemente—. Eso es mucho mejor que un ascenso. Me alegro por ti, aunque, claro, para mí va a ser difícil. Llevamos años trabajando juntos...

Se quedó en silencio, recorriendo el lugar con la mirada. Entonces vio las bolsas que yo estaba llenando.

—¡A la cresta! —exclamó por fin, y feliz como nunca abrió sus propios cajones y casilleros para sacar sus cosas y ponerlas en las mismas bolsas donde yo me llevaba las mías.

—¡Somos dos los que nos vamos! —gritó Daniel, entre risas. Verónica soltó otra marejada de llanto. En eso el gordo se asomó por la puerta y me llamó como si nada hubiera pasado.

—¿Quieres pegarte un pique donde Gabo? —dijo—. Entiéndete con él. Contrátalo para grabar el mismo comercial, pero con Milena. Supongo que no va a poner

problemas. Supe que andan haciendo los trámites para casarse...

—Acuérdate de que estoy despedido —contesté.

—Olvídate..., fue un arrebató. No hay despido. Seguimos siendo amigos —dijo casi implorante.

—En ese caso renuncio. A lo mejor después de un tiempo volvamos a ser amigos, pero ahora me voy.

Pete hizo un gesto de hastio, como diciéndome haz lo que se te antoje.

—Entonces anda tú, Daniel —dijo—. Llévate un borrador de contrato...

—Yo también renuncio —proclamó triunfalmente Dani—. Cervantes y Leonardo se mandan a cambiar. Se van con sus quijotes y sus monnas lisas a otra parte.

Soltamos la risa mientras el gordo ponía cara de absoluto desconcierto. Parecía perdido en medio del espacio sideral.

—¿Por qué no vas tú mismo? —le sugirió Daniel—. Fuiste amigo de Gabo, ¿no? Tan amigo como nosotros.

Pete se encerró otra vez. Estaba en un aprieto. Sabíamos que le repugnaba ir a pedirle cualquier cosa a Gabo. Pero había muchos asuntos en juego, mucho que ganar o perder: dinero, prestigio, clientes cototudos. El futuro de la agencia y de los negocios del gordo dependían de si hacía o no el *spot*.

—Apuesto a que va —dijo Dani.

—Yo creo que no —contesté.

—Apostemos una buena comida.

—Hecho, pero cómo saber si va o no va.

—Muy sencillo. Vamos a visitar a Gabo. Ahora somos libres. No tenemos nada que hacer, ¿no? Va a resultar divertido ver cuando llegue Pete con su contrato debajo de la manga...

—Buena idea. Vamos.



—Tiene que ir —aseguraba Dani mientras conducía su noble Citrola—. Se está jugando una cantidad tremenda de plata y de prestigio y Pete es adicto a esas cosas.

—No irá. Le agarró odio a Gabo. No lo puede ver. No le perdona que sea como es: principesco, flexible, gusto de mujeres. No se perdona a sí mismo por ser un triste guatón forrado de billetes —dije.

—Es que no va a pedirle ningún favor. Al contrario, va a ofrecerles un contrato a Gabo y a Milena. Así lo alejará a él definitivamente de la Pupi, y de paso va a cortar su buen billete. El gordo no es tonto. Sabe sacar provecho de lo que venga. Es un buen negociante. Lo aprendió de su viejo.

Estacionamos la Citrola a la sombra de los arces y entramos al bosque. Era un espléndido mediodía. Me sentí lejos, muy lejos, a años luz de la neura y el ambiente enrarecido de la oficina con su carga de presiones y de urgencias absurdas. Acá entre los árboles nadie apuraba el tiempo que podía transcurrir tan libre como el aire, demorándose entre las ramas y esperando a que subiera el sol y que la temperatura se elevara hasta el punto de poner a cantar a los insectos.

La casa estaba cerrada. Golpeamos un buen rato con

la aldaba en forma de puño de bronce, pero al parecer no había nadie dentro. Entonces se nos ocurrió hacer la prueba de aflojar la ventana por la que habíamos entrado cuando éramos niños. El picaporte seguía suelto y nuestras manos recordaban los movimientos que era necesario hacer para abrir la ventana.

Ingresamos a esa casa profunda que, aun cuando era de un solo piso, parecía tener muchos niveles, escondites y subterráneos. En el salón había rastros de la presencia de Gabo y de Milena: la enorme guitarra de él y la flauta de ella.

—Y yo que esperaba que nos invitaran a almorzar —se lamentó Dani—. Bueno..., después de todo somos como de la casa, así es que supongo que nosotros mismos podremos prepararnos algo —decidió frotándose las manos.

Entramos a la cocina dilatada y fragante como esas bodegas de frutos del país. Había olor a bacalao seco, longanizas y pimentones. De las vigas colgaban sartas de ajo, de cholgas ahumadas y trenzas de morcillas. Sobre el macizo mesón de roble se veía un queso tan imponente como un témpano, emergiendo entre unas setas secas.

—Te acuerdas de que antes en el horno siempre había pan —dijo Dani y fue a abrir la pesadísima puerta de fierro fundido. Efectivamente ahí estaban esas enormes tortillas de rescoldo que al morderlas se deshacían en nevazones de migas.

Cortamos pan y queso y tomamos cerveza del barril que reposaba en la sombra.

—¡Salud, compadre! —brindó Dani—. Nunca debimos irnos de aquí, hermano.

—¡Salud! —contesté—. Tienes razón. Aquí se está bien. Tú podrías pintar y yo escribir y entonces podríamos ser si no Leonardo ni Cervantes, por lo menos Daniel y Benjamín, por lo menos nosotros mismos.

—¡Eso sí que es una gran cosa!

—De todas maneras fue bueno trabajar allá en la agencia y estar expuestos a las ejecutivas histéricas, a los clientes ansiosos, a los Mike Baez, en fin a todo ese fermento del mundo de la compraventa. Fue bueno porque sólo así tiene sentido regresar acá, a buscar algo que dejamos a medio camino —reflexioné.

Sí, era magnífico estar ahí y haber anulado el tiempo, borrando de un manotazo todos los traumas de los últimos años para restituirle su encanto a la vida. Recorrimos la casa con las piernas reblandecidas por la cerveza. Era como caminar en sueños visitando otra vez habitaciones que creíamos haber clausurado para siempre, y así llegamos al recinto que miraba al poniente y recibía la luz del sol toda la tarde. Aún estaban los cueros lanudos de cordero donde nos tirábamos a leer novelas de aventuras hasta que el crepúsculo entintaba con su color naranja las páginas saturadas de espadachines y piratas. Nos recostamos otra vez sobre esas lanas que resultaban acogedoras como el nuevo rostro de la realidad que había dejado de ser dura y amenazante, que nos recibía otra vez como a niños.

Habíamos puesto el tiempo patas para arriba. No era que quisiera regresar a la infancia y atrincherarme cobardemente en ella. Lo que pretendía entonces era recuperar la capacidad de jugar, de ser flexible como el sauce llorón, y también de llorar como el mismo sauce, y de reírme o cantar, de desprenderme de algunas cargas innecesarias de la gente grande, de la gente "en serio"; dejar a un lado, por ejemplo, la pedantería, la solemnidad, el rebuscamiento, la desconfianza y el otorgarles importancia desmesurada a cosas tan mínimas como la frase de remate para el *spot* destinado a glorificar un chicle. En ese momento y en esa casa, mientras reabría puertas y libros de otros tiempos, el niño que fui resucitó borroso y sonriente

y me tomó de la mano para mostrarme el camino más natural para seguir creciendo.

Continuamos recorriendo la casa hasta llegar a la habitación de los baúles donde antes descubríamos nuestros disfraces de sultanes y maharajás. El lugar estaba intacto, la naftalina colocada en los rincones había congelado hasta el aire de aquel cuarto donde se conservaban vestuarios de abuelos curas, militares y exploradores; de bisabuelas que sirvieron como enfermeras en la guerra del 14, de tatarabuelas que apenas fueron novias, de antepasados bohemios y navegantes. Había allí cucalones, bicornios, hábitos recoletos y uniformes con flamígeros bordados. Todo reposaba al amparo de cajas ovaladas y cofres con guarniciones de bronce, esperando una resurrección que los sacara del planchado pulcro y les resquebrajara el almidón para llenarlos de cuerpo y de volumen. Y nosotros lo hicimos. Dani se improvisó un turbante y vistió una levita con lo que quedó convertido en chambelán malayo; yo me puse una tenida de safari, y así, disfrazados, fuimos a la cocina a proseguir nuestro banquete colonial. Al queso le agregamos lonjas de jamón serrano y más cerveza, y luego unas truchas que nadaban en el aceite de una lata de conservas, a las que añadimos alcaparras y otro poco de cerveza.

Estábamos en eso cuando llegó doña Pelusa.

—Aunque me da gusto verla, señora —dije achispado, muerto de la risa—, la verdad es que la prefiero con su máscara de belleza. Esos pepinos en la cara le sentaban tan bien...

Pasó por alto mi insolencia. Debe haberse dado cuenta de nuestra euforia, de que era inútil ofenderse porque éramos dueños del mundo, porque nos habíamos librado de la férula del gordo y de toda servidumbre y ya nunca más íbamos a dejar que se nos fuera la vida escribiendo

loas al desodorante, poemas épicos a las hojas de afeitarse y odas al papel higiénico.

—Vine a echarle una mirada a la casa donde va a vivir mi hija —explicó y se puso a revisar las fundas y tapices de los muebles, a contabilizar las mordeduras de polilla en las cortinas y a constatar lo desteñidas que estaban las alfombras.

—Ah, no, esto sí que no —murmuraba mientras iba anotando en una libreta ridículamente pequeña el catastro de las infinitas imperfecciones que encontraba en la casa—. No, no, no. De todas maneras hay que cambiar el piso completo. Las tablas están hechas una miseria... baldosín cerámico en el porche y en el resto parquet Uyuyuiii, el baño está imposible, va a haber que azulejarlo de arriba abajo.

Dani puso un vals vienés en la radioelectrola y le dio todo el volumen.

—Majestad, concédame esta pieza —le dije a doña Pelusa, haciendo una reverencia. Ella se quedó inmóvil. Aproveché para tomarla por la cintura y ponerme a girar y a girar, arrastrándola en el torbellino de ese vals imparable. Si Daniel no me la quita habría seguido valseando eternamente, dejándome llevar por la inercia rotatoria, por la risa y la magnífica sensación de dar vueltas en la misma dirección en que se movía el universo. Debería haber seguido bailando solo, porque al detenerme se produjo el desfase: el mundo, los planetas y galaxias siguieron girando, y yo, frenado de improviso, experimenté la terrible inestabilidad del piso convertido en una plataforma rotatoria. Mi cabeza trataba de arrancarse para seguir el curso de las esferas celestes.

Mareado di unos pocos pasos. Más allá, Daniel y doña Pelusa seguían enredados en el vals, como si no pudieran salirse de la fuerza centrífuga que yo les había transmitido.

—Ustedes están locos —alegaba ella—. Locos de remate. Ojalá su amigo no sea igual. No me haría ninguna gracia que Milenita se casara con un demente.

En una de esas doña Pelusa salió despedida hacia la orilla mientras Daniel seguía en el centro del universo, riéndose y girando. Vi que ella se componía el peinado. Traté de acercarme para decirle: "Perdóneme, señora. No sabe cuánto siento que no le guste esta casa. A mí me encanta. Literalmente me encanta, o sea me transporta a un estado de encantamiento, no sé si me entiende. A lo mejor a usted también podría gustarle. Es cuestión de mirarla con otros ojos. Sáquese las anteojeras y mire. El mundo no tiene por qué ser tan immaculado y ordenadito como una casa piloto o como las habitaciones que aparecen en esas revistas de decoración que usted debe hojear en la peluquería: living y comedores soplados, baños pulidos, dormitorios perfectos como si nadie los ocupara jamás. Pero en esta casa vive gente, Pelusa, por eso es que hay arrugas y desajustes por todos lados. En esta casa pasamos nuestros mejores años, Pelusa, y aquí estamos de vuelta...".

Creo que le dije todo eso, pero con la lengua enredada y la voz tramosa. Seguro que ella no entendió nada, porque me miró con cara de risa y antes de despedirse me dio un chirlo en la nariz.

—¡Búscate una novia! —me dijo divertida—. Te hace falta, a ver si te centra un poco. Chao, chiquillos. Si ven a Milenita, díganle que anduve por aquí y denle montones de cariños.

Cuando se extinguió el vals caímos en los sillones y ahí nos quedamos profundamente dormidos, felices de soñar, de roncar indecorosamente, de no tener que darle cuenta a nadie de que dormíamos en horas de oficina.

Al atardecer llegaron Gabo y Milena. Habían ido a hacer sus trámites en bicicleta y después a pasear por el Parque Metropolitano. Nos encontraron dormidos. Supongo que al ver los restos de la comida y nuestros disfraces habrán adivinado lo que había ocurrido. Milena nos despertó para ofrecernos té con tostadas y frutas secas. Algo avergonzado le conté la visita de doña Pelusa y el incidente del vals.

—Conozco tanto a mi mamá —dijo Milena—. Seguro que va a embromar por hartó tiempo y va a mandar a cuanto vendedor de alfombras y cortinas y cuanto decorador de interiores le recomienden sus amigas. Yo los voy a ahuyentar a escobazos. Ella va a insistir por teléfono: "Cómo puedes vivir en esa casa. A mí me daría vergüenza, qué van a decir las visitas, y la gente que vaya al matrimonio..., no quiero ni pensar en el pelambre que van a armar tus tías, y la Teruca Préndez, y la Nelty Echegaray..."

—La verdad es que nos portamos... tal vez excesivamente corteses con ella —expliqué—. La sacamos a bailar, cuando en realidad ella no venía con esas intenciones.

—Pobre mamá —suspiró Milena—, ni siquiera sospecha que nos vamos a casar en bicicleta y que no vamos a

invitar ni a las tías, ni a la Teruca Préndez ni a la Nelty Echegaray, sino a unos pocos amigos. A lo mejor se consuela cuando sepa que van a venir ustedes y que va a poder bailar vals...

—Me encantaría que nos juntáramos todos —dijo Gabo—. A lo mejor hasta podríamos tocar otra vez...

—Sería como cuando se reúnen los viejos *cracks*... *Rockeros Celestes old boys* —comentó Dani.

—Lástima que no podamos contar con Pete —dijo Gabo—, pero tal vez si yo lo llamo y lo invito...

—No te preocupes —afirmó Daniel—, sospecho que debe estar por llegar...

—No creo —contradije—, el gordo anda en otra.

Entonces entró Pete. Venía pálido y tembloroso. Parecía un fantasma. Nunca, ni durante sus peores rabietas, lo había visto tan inseguro, tan a punto de desmoronarse.

—¡Viene el Mordro! —anunció—. Viene en camino con toda su pandilla. A esos nadie los para. Montan en unas motos bestiales. Es mejor que se vayan. ¡Vámonos!, son peligrosos. Ya no es juego de niños. Ahora la cosa va en serio.

—Cálmate —le dijo Gabo palmoteándole el hombro—. Te estábamos esperando. Nos da gusto tenerte de nuevo acá. Ven, siéntate, toma una taza de té. Transpiras helado, calma, respira hondo.

—Es que vienen. No van a demorar mucho en llegar...

—¿De dónde sacaste esa historia? —pregunté—. Si el Mordro ni siquiera sabe que Gabo está aquí.

—La Pupi fue a contárselo. También trató de meterme a mí en el asunto, pero dije que no. Mal que mal, seguimos siendo amigos, ¿o no..? —dijo con la voz trizada y luego se trizó él mismo como una figura de vidrio expuesta al calor; se quebró, buscó donde apoyarse y ahí estábamos nosotros. Lo abrazamos entre bromas.

—¡Déjate de macanas, gordo! Si quieres llorar, llora, pero no nos contagies —y lo recibimos de regreso en nuestra vieja fraternidad.

—Calma, gordo, calma. Aquí no ha pasado nada, estamos todos juntos, como siempre. Somos los mismos, sólo que uno de nosotros se va a casar.

—Eso significa que habrá uno menos —dijo Dani.

—¡Ridículo! —contestó Milena—. Significa que habrá una más, les guste o no les guste.

—¡Esto hay que celebrarlo!

—Después, después —dijo Pete—. Ahora el Mordro viene. La Pupi se lo engrupió. Lo sedujo, lo tentó con buenos contratos en la tele. Ella se mueve bien, sabe hacer esas cosas. Y aunque no hubiera hecho nada, el Mordro hace tiempo que quiere arrasar el bosque. Sólo estaba esperando el regreso de Gabo.

Y era verdad. Allá lejos se escucharon los múltiples estampidos de las motos.

—Es el Mordro —corroboró Pete.

Gabo se levantó y fue hacia la ventana. Era ya de noche y las sombras de los árboles aumentaban la oscuridad en los alrededores de la casa. A la creciente vibración de los motores se agregaron ladridos y más ladridos.

—Parece que traen perros —dijo Gabo.

—Seguro —confirmé—. Me acuerdo de que cuando tocaba con ellos, uno de la pandilla le hacía a la crianza de doberman. Los adiestraba y los vendía para la vigilancia de fábricas y bodegas.

—Vengan —dijo Gabo y fue a empujar la puerta que daba acceso al taller del luterista. La habitación seguía llena de copos de viruta y fragante a resina fresca, como si hubiesen estado trabajando ahí el día anterior.

Gabo nos señaló los arcos colgados en la percha. Tomé el mío. No me acordaba cuándo fue la última vez que lo

dejé ahí, pero se veía pulido, tenso, magnífico como recién salido de las manos de un virtuoso luterista que en sus ratos de ocio se dedicara a labrar esas armas sencillas, primordiales.

—Está impeque —comenté—. Gabo, tú tienes que haberlo...

—¡Nada! —cortó Gabo—, son nuestros viejos arcos, nuestros antiguos dardos puntiagudos. Preparémonos para la última batalla.

Sí, era mi viejo arco. Al empuñarlo me pareció entrar en contacto con algo familiar, fue como estrecharle la mano a un amigo inolvidable. Pulsé la cuerda y ella vibró saludándome. Salimos a la terraza y bajamos los escalones para ir a hincar la rodilla en tierra.

Milena, algo nerviosa, iba y venía desde la casa hasta nosotros y de nosotros a la casa. Tensó un arco y apuntó hacia el bosque, como Diana, la cazadora. Cansada de esa posición estatuaria, revoloteó como una polilla despistada. Gabo la miraba sin saber qué hacer con ella. Noté que se distraía, lo que no era bueno en aquel momento.

—Hagámosle un lugar —sugerí.

—Es que... siempre fuimos cuatro —contestó Gabo.

—Bueno, seamos cinco, ¿cuál es el problema?

—¿Nadie se opone? —preguntó Gabo.

—¡Nadie! —dijo el gordo desplazándose hacia la derecha para dejarle un sitio a Milena. Ella se acomodó entre nosotros como si se arrellenara entre los cojines de un sofá. Eso nos hizo sentirnos mejor. Me di cuenta de que era lo que nos había faltado siempre: una mujer en el grupo suavizaba la vida y era seguro que nos iba a traer suerte. No me inquietaron más los bramidos de las motos que bombardeaban el bosque con sus escapes libres. Me concentré en la cuerda que tenía entre los dedos, en la maravillosa tensión que se establecía entre la madera arqueada y los segmentos rectos de la cuerda cortados por la finísima flecha. Me concentré en nosotros. Senti fluir hacia mí el calor de Milena, Gabo, del gordo y de Daniel,

era como estar conectado al circuito de una hermandad indestructible: había encontrado por fin mi lugar en el universo; estaba ahí, entre ellos, con ellos y encajaba en el mínimo espacio entre Gabo y Daniel con la misma perfección con que la flecha se ensartaba en la línea.

Me di cuenta, sin embargo, de que ese portentoso estado de pertenencia se encontraba suspendido en un equilibrio precario. En pocos segundos las flechas volarían, la tensión de cada arco iba a resolverse en vuelos y vibraciones. En cosa de minutos nuestro grupo fraterno iba a desperdigarse. Adiviné que cada cual saldría corriendo hacia donde pudiera y sería cuestión nuestra volver a reunirnos otra vez, definitivamente.

El ruido de las motos se hizo ensordecedor. Los pájaros huyeron de todos los árboles de los alrededores.

—Apunten —dijo Gabo.

No había dónde apuntar. La oscuridad era espesa como una enorme nata negra que hubiera cuajado alrededor de la casa. Entonces me acordé de que sabíamos cómo apuntar a ojos cerrados, cómo transformarnos en un arco con su flecha, en un dardo casi imperceptible, en una línea hendiendo el aire, en punta diminuta, dispuesta a morder. Recordé el secreto fundamental de la arquería: disparar a ciegas, ser la flecha, convertirse en saeta e ir a clavarse en el punto elegido. Y ese punto era el más vulnerable de nuestros enemigos: las manos de los motoristas. De manera que fui traspasándome a mi propia flecha para cargarla de una terrible precisión que hiciera que las manos soltaran los manubrios, perdieran el control de los aparatos furibundos que irían a estrellarse contra los troncos de los árboles, como ca-

balgaduras enceguecidas, sin sentido de la distancia ni de la orientación.

Las motos molieron el aire, pulverizaron la calma del bosque. Mientras las llantas desplazaban barro y hojas y escarbaban en el riquísimo suelo vegetal, los focos desenvainaban sus formidables haces de luces que se recortaban entre los troncos para luego emerger limpios, enteros, buscándonos en la oscuridad. Las sombras de los perros saltaron con agilidad, adelantándose a los atacantes. Vimos entonces levantarse a Milena que soltó su flecha hacia lo alto y sacando la flauta empezó a disparar una ráfaga de notas discordantes que hicieron que los animales se revolvieran inquietos, ladrando nerviosos, entorpeciendo el avance de las motos.

Pero los haces cilíndricos traspasaron la línea de los perros.

—¡Ahora! —gritó Gabo y mi flecha y otras tres partieron, partimos mi flecha yo y luego cuatro más y después cinco, porque Milena había recuperado su arco.

Los focos vacilaron, oblicuos, borrachos. Una a una las motos tropezaban y caían y dejaban sus compactos chorros de luces arañando las copas de los árboles y proyectándose más allá, perdiéndose en el cielo. Las motos caían y se revolcaban. Sólo una de ellas logró seguir hacia adelante.

—¡Mordro! —grité.

—¡Voy! —contestó una voz enronquecida.

Gabo ensartó su última flecha.

—¡Mordro! —gritó.

—¡Voy! —repitió la voz imponiéndose por sobre el estruendo de la moto.

Gabo disparó no sé si a las manos de Mordro o a las llantas de la moto. El hecho es que ésta dio un salto casi acrobático para caer entre los árboles y entonces ardió

como un pequeño sol llameante que arroja sus rayos; sus líneas de fuego alcanzaron a las otras motos postradas y luego a las ramas y empezó a incendiarse el bosque, con extraordinaria rapidez, como si todas sus resinas inflamables hubiesen estado esperando por mucho tiempo la provocación del fuego.

—¡Ahora! —gritó Gabo.

—¿Ahora qué? —pregunté despavorido.

—Ahora es cuando hay que alcanzar el bosque más profundo. Tenemos poco tiempo. ¡Adelante! —dijo y tomando la mano de Milena se puso a correr saltando las ramas que ardían.

No atinamos más que a seguirlos. Era una carrera desesperada contra el incendio que cundía por todas partes. Tenía la sensación de estar rodeado de fuego, de que no había escapatoria, que el círculo ardiente se iba cerrando como un diafragma sobre nosotros y sin embargo corrí y corrí, medio ahogado por la humareda caliente, divinando apenas los bultos confusos de los otros. De pronto mi desesperación cedió. Los viejos senderos que había recorrido cuando niño volvieron a abrirseme, mis pasos parecían conocer esas rutas desdibujadas por el humo denso y por las brasas, y, aunque el calor seguía aumentando hasta hacerse insoportable, me dije que iba a alcanzar el bosque profundo y dejé que mis piernas corrieran y me transportaran como una extraña cabalgadura.

De pronto mi cuerpo extenuado, al borde de la asfixia y de estallar en llamas a causa del calor que me hacía arder la piel y los ojos hasta enceguecerme, se suspendió en una especie de carrera automática que podría haber seguido eternamente. Ya no sentí la proximidad lacerante de las llamas, porque los árboles ardían en una combustión aurífera, helada, porque el incendio se había congelado y las hojas eran láminas de metal resplande-

ciente y el bosque entero seguía consumiéndose en esa quema tornasolada, rojiza, amarillosa, crujiente, de otoño superior, de llamarada eterna, de sangre más preciosa que el diamante, de corazón y núcleo de fuego sagrado. El bosque se quemaba sin arder. El fuego apenas lo tocaba comunicándole su portentosa luz, sin consumirlo, al contrario, otorgándole una eternidad metálica, una encendida perpetuidad.

Sentí que el fuego me alcanzaba, me abrasaba, me dolía, y reducía a cenizas todo lo que estaba de sobra en mí, para dejar intacto y libre de malezas sólo mi núcleo incombustible. Vi que las maderas de los troncos revelaban la intimidad de sus vetas dibujadas como conductos de luz, y que el bosque entero se curvaba hasta conformar una concavidad, como una campana puesta boca arriba, que se llenaba y vaciaba de sonidos que partían desde allí a inundar el mundo con su armonía.

—El Grial... —murmuré aturdido mientras los ojos se me llenaban de lágrimas.

—El Grial —decían Pete y Dani extasiados ante el fuego, envueltos en los resplandores que daban a sus cuerpos una textura de oro de ley incalculable.

Terminé de botar las cenizas de antiguos odios minuciosamente cultivados, de rencores, de envidias, de afanes inútiles y otros lastres. Emergí liviano, como la pluma de un cisne. El fuego se extinguió y una niebla grisácea envolvió el bosque ahora negro, petrificado, convertido en una maraña de carbón. Caminábamos sin hablar por el paisaje ceniciento. Entre los jirones de niebla divisamos fragmentos de las aguas de un lago cuyos límites se perdían entre los vapores que se deslizaban por su superficie. Al llegar a la orilla vimos un grupo de cisnes flotando entre los juncos. Parecían ser viejos, sabios, extenuados. Tenían el plumaje plumizo, gastado. Apenas conseguían

desplegar las alas en un intento por emprender el vuelo. Daniel y Pete corrieron hacia ellos.

—Cuidado... —quise advertirles, pero mi voz sonó apenas como el lejano rebote de un eco agonizante.

Vacilé, y cuando me decidí a seguirlos escuché un batir de alas duras, una extraña agitación del agua y una nube de plumas con consistencia de cenizas revoloteó un momento para luego ir a deshacerse en el suelo. Dani, Pete y las aves habían desaparecido. “Se cayeron al agua”, pensé, mirando hacia arriba, a las nubes que parecían bajar hasta tocar el lago. Los llamé con mi voz inútil que se me escapaba de la boca para sonar allá lejos, donde no la necesitaba.

El lago era un espejo en el que se reflejaba el cielo. Tenía por lo tanto profundidad infinita. Tuve la certeza de que lanzarme al agua sería como echarme a volar por el cielo, porque en algún momento el lago se daba vuelta al revés y entonces se abría de par en par el firmamento que reflejaba.

—Eso es lo que hicieron Pete y Daniel —me dije—, desaparecieron en el agua y ahora vuelan.

Entonces escuché unos crujidos de madera quejumbrosa y al mirar hacia el punto de donde procedían vi un destartado bote en el que iban Gabo con Milena. Pasaron cerca de mí. Remaban con tremendo esfuerzo. Les costaba mover la embarcación. Parecían empujar una tremenda nave. Me di cuenta de que no podían dejar de remar porque iban en contra de una invisible corriente, y apenas aflojaran perderían todo lo avanzado e irían a dar muy lejos del lugar a donde querían llegar.

Gabo me vio y me hizo un gesto urgente para que saltara al bote. Volví a vacilar. Mi error fue detenerme a pensarlo, porque, de pronto, como si hubiese desapare-



cido la corriente adversa, el bote cobró velocidad, y ellos se alejaron para desaparecer en la niebla.

Y aquí me tienen de regreso a este mundo después de haber atravesado un desierto de cenizas, después desvanecerme y dormir no sé cuántas horas. Ustedes sí que están con cara de sueño. Bostezan una y otra vez, tienen la sensación de haber perdido el tiempo..., si hasta dejaron de anotar mis declaraciones en esa máquina que parece locomotora. Puedo firmar, afirmar y confirmar todo lo que dije. Sé que no me creen, pero ¿cómo se explican que haya salido del incendio sin más lesión que una que otra quemadura menor, sin otra cosa que dos o tres ampollas?

Les digo que no hubo secuestro, que nadie ha muerto, y que, aun cuando tuvo la intención de hacerlo, el Mordro no alcanzó a agredir a nadie, tampoco provocó el incendio. Fue un accidente, un accidente que tenía que ocurrir. No pierdan tiempo buscando. Nunca van a encontrar a Milena, a Gabo, Pete ni a Daniel. Se pasaron a... algo así como a otra parte.

No tengo más que agregar. Supongo que ahora puedo irme. Tengo mucho que hacer, miento, en realidad no tengo casi nada que hacer, pero sí que pensar. Me había olvidado de que estoy sin trabajo, y, además, fíjense: todos mis amigos se fueron para siempre; ¿se dan cuenta de que me encuentro colgando en la nada? Así es que entre otras cosas debo decidir qué haré de aquí para adelante con mi vida.